

# Huellas sin pasos, camino de fe

María Antonieta Osornio Ramírez

Premios DEMAC 2003-2004



México, 2004

Primera edición, octubre 2004

*Huellas sin pasos, camino de fe*

por

María Antonieta Osornio Ramírez

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2004, por

**Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.**

José de Teresa 253,

Col. Campestre

01040, México, D.F.

Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208

Correo electrónico: [demaclibros@demac.com.mx](mailto:demaclibros@demac.com.mx)

[demac@demac.com.mx](mailto:demac@demac.com.mx)

Impreso en México

**ISBN 968-6851-46-1**

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	7
CAPÍTULO 1	
Un día de vida (o un día lleno de posibilidades) .....	11
CAPÍTULO 2	
Tiempos oscuros .....	17
CAPÍTULO 3	
El corazón empieza a abrirse .....	23
CAPÍTULO 4	
Aceptación .....	35
CAPÍTULO 5	
Empiezan los milagros .....	43
CAPÍTULO 6	
Un camino hacia los otros.....	51
CAPÍTULO 7	
Construyendo el sueño .....	55
CAPÍTULO 8	
La escuela .....	59

CAPÍTULO 9	
Develando mi ser .....	69
CAPÍTULO 10	
Un encuentro con la devoción .....	77
CAPÍTULO 11	
Despertar sensorial .....	81
CAPÍTULO 12	
El sueño se multiplica .....	91
CAPÍTULO 13	
Fhadi, una cadena de amor y humanismo .....	97
CAPÍTULO 14	
Volando hacia la integración .....	105

## INTRODUCCIÓN

Mi nombre es Tony. Desde hace veinte años me acompaña una realidad ineludible: mi silla de ruedas. No les contaré detalladamente cómo mi destino me llevó hasta ahí, pues ya hace tiempo escribí esa historia: *Salto de amor por la vida*, en la que narro las vicisitudes de mi existencia. Baste decir que era una paracaidista joven, exitosa, audaz y guapa, que tenía una familia hermosa, con un marido al que amaba y dos hijos pequeños que eran mi orgullo. Un 24 de febrero, día de la bandera, en Iguala, en medio de una exhibición oficial ante el presidente de la República, tuve un accidente al caer con el paracaídas. Se me pulverizaron las vértebras cervicales y estuve tres años en un hospital militar debatiéndome entre la vida y la muerte. Perdí todo lo que hasta entonces me daba sentido: mi carrera como paracaidista, mi marido, mi cuerpo, mi fuerza y vitalidad física, mi estabilidad económica, la felicidad de mis hijos, mi ubicación en el mundo y, sobre todo, mis deseos de vivir. En *Salto de amor por la vida* describo mi lucha por salir adelante desde el momento del accidente hasta mi florecimiento gracias a muchos años de trabajo psicoterapéutico acompañada por dos grandes personas: Martha y Marcela, mis terapeutas y maestras.

Mi proceso personal para transformar la rabia, la ira, el desaliento, el odio y la depresión, hasta alcanzar la aceptación de mi condición de discapacitada y un estado de equilibrio y bienestar internos, ha despertado el interés de cientos de personas que han pasado por un proceso similar, si no idéntico al mío, en cuanto a los componentes emocionales. ¿Por qué les llama la atención?

Porque los seres humanos buscamos un estado de bienestar y felicidad, y las personas en condiciones de discapacidad tenemos que enfrentar obstáculos tremendos para alcanzar una vida de plenitud. Cuando los demás escucharon mi historia (que fue difundida gracias a la radio), empecé a recibir una cascada de llamadas de gente que quería conocerme. Querían, en primer lugar, constatar que en realidad ese estado de aceptación y bienestar era real, y en segundo, que les transmitiera personalmente la fuerza y la inspiración para lograrlo ellos también. En muy poco tiempo mi vida dio un cambio radical y profundo, pasé de trabajar en mi proceso (labor titánica de por sí) a trabajar en los procesos de desarrollo y cambio con otros seres humanos discapacitados, cosa que, en algún momento de mi vida, consideré imposible.

Ahora me doy cuenta de que *Salto de amor por la vida* cuenta sólo el inicio de un proceso misterioso y mágico gracias al cual surgió una fundación para discapacitados a la que llamamos Fhadi (Fundación Humanista de Ayuda a Discapacitados). Hoy veo que eso que experimenté en mi propia vida tenía el propósito de servir a otros de una manera más profunda y amorosa de lo que jamás hubiera imaginado.

Ahora quiero compartir algo muy íntimo y profundo, clave de mi transformación: mi proceso interno. Esto resulta tan complejo como intentar describir lo que es estar enamorado, cómo crece un bebé acurrucado en los brazos de mamá, o qué se siente disfrutar del arco iris después de una tormenta. Sé que es difícil, pero también sé que de manera misteriosa mi intento transmitirá que “se puede vivir una existencia significativa y hermosa desde una silla de ruedas, se puede ser útil y valioso aun sin poder moverse”, y sobre todo, que se puede desarrollar un corazón amoroso cuya energía pase de un ser humano a otro, y a otro, y a otro más, formando un camino de luz para aquellos que se han quedado sumidos en el miedo y la desesperación, que en mi opinión es la peor discapacidad.

Por eso dedico este libro a todas las personas discapacitadas del mundo, confiando en que un día se muevan de esa oscuridad que las ahoga. Mis esfuerzos están dirigidos a que los corazones que han dejado de latir desde el amor un día experimenten el agradecimiento; a que las manos que no han podido extenderse y acariciar descubran las mil maneras de abrazar que tiene el ser humano; a que las piernas que se han quedado inmóviles encuentren un mundo interno por el cual viajar sin obstáculo alguno; a que los ojos que aunque miran, no logran ver, descifren lo que existe más allá del ego y las limitaciones de la mente. Más allá de nuestro cuerpo los seres humanos, sin excepción, podemos capacitarlos para el amor. Ésta es mi contribución en ese camino que desde hace muchos años recorro, dedicándoselo a Dios, con agradecimiento y devoción. Con mis manos puestas en el corazón, me inclino ante ustedes, lectores, con la esperanza de que algo de lo que están por leer cambie sus vidas para bien. Que así sea.

## CAPÍTULO 1

### UN DÍA DE VIDA (O UN DÍA LLENO DE POSIBILIDADES)

Las seis de la mañana. Ya estoy despierta, acostada boca arriba. “Gracias, Dios mío, por este día, gracias por la luz y por mi vida, gracias por mis hijos y mis nietos...”, así comienzan los primeros minutos de mi mañana en espera de que Margarita, mi asistente, duerma lo suficiente y venga a las ocho para iniciar mis actividades. A pesar de la inmovilidad de mi cuerpo, recorro mentalmente cada parte, mis pies, mis piernas, mi torso, mis brazos, mi pecho, mi espalda, mi cabeza, y voy sintiendo. Despierto a las sensaciones más diminutas que aparecen en cualquier parte. Detenida y silenciosamente, observo mi cuerpo desde mi conciencia... ¡Ah, qué bien se siente mi respiración! Allí permanezco, atenta, inhalando, exhalando, observándome... Pasa un buen rato... Después me detengo en mis sentimientos. “¿Cómo amaneciste, Tony? ¿Qué hay el día de hoy?” Y poco a poco reviso qué pasa. “Hoy... amanecí contenta.” En mi mente me visualizo danzando en un gran salón, saltando y dando piruetas. Evoco los movimientos de mi cuerpo tal como los recuerdo... Ahora salto y doy una vuelta en el aire y caigo para volver a dar un giro sobre la punta de un pie y después del otro...

–Buenos días, señora Tony– Margarita abre la puerta.

Ya son las ocho de la mañana y viene a prepararme. Me incorpora con dificultad, pues mi cuerpo está entumido, y me lleva hasta el baño. Soy cuadrapléjica, es decir, no puedo mover ninguna de mis extremidades, sin embargo, he desarrollado la habilidad



de caminar apoyada. No camino como una persona sana, con fluidez y flexibilidad. Camino rígida y cortadamente, pero para mí es algo notable, pues los doctores siempre me pronosticaron que no movería más que la cabeza... Y ahí voy, lenta pero firmemente, caminando hasta el baño. Margarita me sienta en una silla especial, abre las llaves del agua y me mete a bañar.

Desde la víspera dejamos mi ropa y mis toallas preparadas, todo colocado en orden para bañarme y vestirme de la forma más eficiente posible. Yo me baño hasta donde puedo, y después Margarita me ayuda. Me envuelve en toallas y, como si fuera un bebé gigantesco, me lleva a la cama, donde me seca muy bien y me aplica crema, talco y desodorante. Si no cuidamos que mi piel esté en buenas condiciones, humectada y limpia, corro el riesgo de que me salgan escaras, pues el resto del día lo pasaré sentada en una silla de ruedas, sin volver a moverme. Siento cómo Margarita recorre todo mi cuerpo, manipulándome con una destreza adquirida a base de repetirle una y otra vez cómo hacerlo. Ahora siento sus manos ágiles y coordinadas, aunque al principio tenía que practicar la paciencia y la tolerancia, consciente de que Margarita, como otras asistentes que he tenido, me prestan sus brazos y sus piernas y me ayudan a completar lo que yo sola no podría.

Poco a poco me va vistiendo, volteándome de un lado a otro en la cama para ajustarme cada prenda. Una vez que tengo puesto el pantalón, me pasa a la silla de ruedas, termina de vestirme y me peina. Coloca cerca de mí el teléfono, la agenda, alguna lectura que quiero hacer esa mañana, mi maquillaje, y una pluma adaptada. Todo está suficientemente cerca para que haga las cosas que suelo hacer por mí misma. Lo primero es maquillarme. Mis manos no tienen movimiento en los dedos, pero me las he ingeniado para aplicarme crema y maquillaje. Tengo unos pinceles adaptados para pintarme yo sola los ojos y la boca. Lentamente realizo mi ritual disfrutando la sensación de cada movimiento y mi capacidad de hacer esto por mí misma. Cuando termino, tomo

el teléfono, que también he aprendido a manipular. Presiono las teclas una a una y hago las llamadas que necesito.

Hoy es un buen día. Estoy muy contenta y llena de ilusión por vivir el día presente. Tengo una junta en la fundación y, por la tarde, trabajaré en un proceso grupal terapéutico con algunos muchachos discapacitados. Será un día largo, y antes de que me traigan el desayuno, que también como por mí misma, reviso la cantidad de líquidos que tomaré. Hoy no puedo ingerir muchos, pues pasaré largas horas lejos de un baño adaptado. Mi vejiga está muy resentida porque no tomo tanta agua como debería, y no tengo la circulación ni el movimiento adecuados en mis órganos internos. Sé que todo esto reduce mi expectativa de vida, por lo que tengo que aprovechar cada día al máximo.

Margarita se ha ido para ocuparse de la casa, y yo me quedo cerca de un tubo en el que me apoyo para hacer sentadillas. Durante una hora hago ejercicios que mantienen mi cuerpo más flexible y fuerte... Paso de las sentadillas a las pesas para ejercitar mis brazos y, por último, camino con una andadera o unas muletas.

Doy gracias por mi estado de ánimo, pues no todos los días son tan buenos y tan brillantes. Hay mañanas en que amanezco muy mal; tengo etapas de ira y desesperación muy fuertes. He aprendido que la discapacidad que sufro conlleva un grado de pesadumbre y frustración permanentes, y cada cierto tiempo, más allá de lo que controlo, esta realidad tan dolorosa me confronta: no puedo moverme ni realizar de manera independiente las actividades que quisiera. Muchas de las cosas más comunes para cualquier persona, representan para mí algo extraordinario e incluso imposible. Todos los días necesito la asistencia de alguien a quien tengo que pedirle las cosas de buena gana y sin malos modos, aunque a veces lo que quisiera es patear y reventar. Me desespero ante la lentitud, la pasividad, y me vuelvo muy intolerante con quienes se instalan en el mínimo indispensable cuando desde mi silla de ruedas quisiera hacer tanto. Con frecuencia pienso que la

vida de muchos cambiaría si pasaran un día anclados a una silla de ruedas. No sólo se sensibilizarían a lo que implica la discapacidad, sino también a lo que significa la oportunidad de tener un cuerpo sano y moverse con libertad y a voluntad. Sé que muchos jamás se detienen a apreciar la maravilla de su cuerpo, lo dan por hecho y rara vez reflexionan sobre lo que significaría, por ejemplo, verse obligados a pedir ayuda de por vida hasta para las acciones más insignificantes, como levantar un lápiz del suelo, o las más íntimas, como ir al baño y limpiarse. Lo sé porque desde mi inmovilidad he aprendido a observar con agudeza las actitudes de otras personas. Sentada en mi silla de ruedas trabajo diariamente con la frustración de mi inmovilidad y me dispongo a hacer mis tareas del día. Puede ser que alguien con movimiento normal considere que hago muy poco, pero cualquier actividad me toma entre tres y cuatro veces más de lo que le tomaría a alguno sin discapacidad.

Cuido mucho mi alimentación, pues mi sistema digestivo no trabaja normalmente y es importante que lleve una dieta muy rica en fibras para ayudar a su óptimo desempeño dadas mis condiciones. Ya estoy habituada a una disciplina que me permite funcionar de la mejor manera posible dentro de mis limitaciones.

Desde temprano dedico mi día a nuestra fundación para personas adultas con discapacidad motora. Es un proyecto que hemos construido gracias al ahínco de muchos y que, por supuesto, no ha estado exento de dificultades. Tenemos juntas de trabajo, administrativas y organizacionales, y con frecuencia me reúno con funcionarios que respaldan nuestra labor por medio de donativos. Aunque desarrollamos proyectos de apoyo para personas en sillas de ruedas, la función principal a la que me he dedicado es a trabajar directamente con personas discapacitadas en terapias de grupo e individuales. Es un trabajo que exige un gran temple, pues diariamente atestiguo el sufrimiento y las vicisitudes de otros que, como yo, por alguna circunstancia, tienen que estar en una

silla de ruedas. Mi labor de fondo es mostrarles un camino para que transformen la conciencia de sí mismos y encuentren una razón de ser más allá de su discapacidad. Aun cuando parece algo muy abstracto, en realidad es muy concreto, tanto como la propia felicidad y el bienestar, el sufrimiento, la confusión y el sinsentido de la vida. De hecho, el sentido de la mía está puesto en mostrar a otros que es posible trascender la discapacidad, no como una realidad, sí como un obstáculo que nos impide disfrutar cuanto la creación nos ofrece. Mi experiencia, mis vivencias, son la muestra más tangible de que esto es factible. Todos los días mi fe está puesta en que cualquiera que de corazón lo desee, logre transformar el miedo en amor, como yo lo he logrado. Ni siquiera debemos sufrir un accidente terrible o una desgracia irreparable para conquistar esta forma de vida. Lo que sí es indispensable es tener un corazón valeroso y una completa disposición a cruzar las oscuridades de nuestro carácter para pulirnos y, sólo entonces, desde una naturaleza más pura y más humilde, irradiar luz y bienestar.

Un sabio maestro dijo una vez que el mejor servicio que podemos darle a la humanidad es convertirnos en personas felices y llenas de paz. Suena como algo muy sencillo, pero cualquiera que haya emprendido el camino del autoconocimiento y del crecimiento personal sabe que es una de las tareas más exigentes que nos planteamos en la vida. No tiene que ver con nada ni con nadie fuera de nosotros. El bienestar y la paz se desarrollan desde la intimidad y el esfuerzo personal. Es un trabajo que nadie aplaude, por el cual no se recibe reconocimiento alguno y, sin embargo, produce los frutos más significativos y perdurables. Por eso es tan importante.

Hoy es martes. Desde temprano trabajaré dando terapia individual a personas discapacitadas y dedicaré la tarde a la grupal. Pero mañana, por ejemplo, tengo juntas de personal y entrevistas con quienes han solicitado hablar conmigo y que, de alguna manera, conocen nuestra fundación. Por la tarde recibiré terapia

individual y supervisión terapéutica. Varios días del mes me dedico a las relaciones públicas, hablando con aquellos que nos proporcionan donativos para sostener nuestro trabajo. En otras ocasiones ofrezco entrevistas, voy a programas de radio y televisión o me reúno con directores de otras organizaciones de personas con discapacidad con quienes me mantengo en contacto para intercambiar impresiones e ideas.

Todas las noches cierro mi día con otra hora de ejercicio, subiéndolo y bajando escaleras o realizando algún otro tipo de movimiento. Margarita me da un masaje para relajarme y después me ayuda a ponerme la pijama. Finalmente tomo mi merienda y escribo un informe personal sobre lo que realicé en terapia o en las actividades de la fundación. Hago anotaciones sobre cómo me siento y cualquier inquietud. Tengo una pluma adaptada con una esponja alrededor que la hace más gruesa para que pueda tomarla entre el dedo índice y el pulgar, y así escribo.

Al final del día le pido a Margarita que me ponga la música que considero sagrada y que me permite entrar en contacto con mi ser interior, y poco a poco dejo que me arrastre dulcemente hacia el sueño. Con frecuencia tengo sueños significativos y muy vívidos en los que entro en otro plano de existencia y de conciencia. En ellos abandono mi silla de ruedas y me muevo libremente. Yo misma me sorprendo de lo reales que son y de cómo, al despertar, tengo la clara sensación no de haberlo soñado, sino de haber estado allí.

Mi vida ahora es plena y tiene significado. Tengo una hermosa misión que, aunque nada fácil, me da un profundo sentido de realización. Además, he aprendido a cultivar el goce y el amor por la vida. ¡Qué diferente es ahora mi existencia de lo que era después de mi accidente! Recorro la cortina del pasado y me remonto a la época en que salí del hospital...

## CAPÍTULO 2

### TIEMPOS OSCUROS

Después de mi accidente estuve tres años en el hospital. No le deseo a nadie pasar por lo que pasé en ese tiempo, pues fue un sufrimiento físico, emocional y espiritual profundísimo, casi imposible de aceptar. Y aun después de haber salido con tan poca movilidad como cuando me internaron, no aceptaba que mi condición fuera permanente, luchaba con denuedo pensando que algún día recuperaría mi condición pasada. Pero entre más transcurría el tiempo, más aumentaban la frustración y el enojo, pues no parecía mejorar de ninguna manera. Llegué a un punto donde lo único que me mantenía con esperanza era la posibilidad de mover aunque fuera una mano para tomar una pistola y darme un balazo. Me recriminaba ser tan inútil que ni siquiera eso pudiera hacer, así que empecé a odiarme a mí misma y a todo cuanto me rodeaba. Odiaba cada día y cada noche, y el único desfogue que tenía era gritar iracunda ante cualquier cosa que sucediera y a cualquiera que se me acercara, especialmente a mis hijos, Mariela y Paco, que asustados e inexpertos intentaban hacer lo que se requería para cuidarme.

Mariela tenía once años y Paco cuatro y medio cuando me accidenté. Fueron arrastrados irremediabilmente al huracán de mi destino y su vida cambió radicalmente. Ya no más clases de natación, ballet, karate, inglés. Todo cuanto les había procurado para su formación quedó sustituido por visitas al hospital y una desgarradora soledad que tuvieron que enfrentar. A duras penas había quien los llevara y recogiera de la escuela.

Mi cuarto en el hospital se convirtió en su segundo hogar y ahí se quedaban a hacer tareas y a jugar con las enfermeras. A veces ayudaban a bañarme o a procurarme cualquiera de las muchas atenciones que requería. Pero no podían estar siempre ahí, tenían que regresar a su casa. Un día, Paco me trajo un dibujo que hizo en el jardín de niños. Era un dibujo de su mamá. Me había dibujado en la cama, con los tubos a los que me tenían conectada, rodeada de aparatos... Ésa era la realidad al desnudo, y Paco la había plasmado tal cual. Tragándome las lágrimas, quién sabe si de rabia o de dolor, me prometí que los sacaría adelante aunque sólo contara con mi cabeza.

Gracias al favor de personalidades que todavía me visitaban, se instaló un teléfono privado en mi cuarto. Por supuesto que no estaba permitido, pero siempre me las había arreglado para conseguir lo que quería. Le pedía a la enfermera que me pusiera el auricular al oído y todos los días les hablaba a mis hijos, intentando a través del cable telefónico cumplir con mis funciones de madre. Les preguntaba sobre la escuela, si ya habían hecho la tarea, si habían comido bien. Les exigía que me trajeran buenas calificaciones y les recalaba que aunque yo estuviera en el hospital no era pretexto para que flojearan.

Sin embargo, había una situación muy dura: ya no tenían la presencia materna que ambos necesitaban y empezaron a entristecer y a cambiar. Mariela se volvió introvertida, y Paco, de carácter mucho más explosivo, se enojaba o lloraba constantemente. Con mucha insistencia me preguntaban cuándo regresaría a casa. Y yo me tragaba las lágrimas y el coraje, sin darles una respuesta.

En la casa, su padre había acomodado mis cosas y les tenía prohibido que las tocaran o que se acercaran a cualquier objeto mío, con la amenaza de golpearlos si lo hacían. Por instantes, fueron testigos de cómo su padre se acercaba a la locura.

Una tarde, Paco entró intempestivamente a mi cuarto dando de gritos desesperado: “¡Mamá, ya levántate! ¿Cuándo te vas a levantar? ¡Quiero que te muevas, ya no quiero verte así!”

Por su parte, Mariela llegó con una tristeza muy profunda pintada en su carita. Yo sabía que algo más fuerte le estaba pasando. Después de mucho preguntar me confesó que tenía miedo de que me muriera. Había escuchado comentar en su escuela que yo era un vegetal y que en cualquier momento moriría.

Impotente, atónita, no sabía qué contestarle a mis hijos. ¿Cómo paliar su dolor si no podía con el mío? Cada uno a su manera iba haciendo lo que sus medios le permitían. Yo misma me sentía igual que mis hijos: no quería estar ahí, no quería estar inmóvil, tenía miedo de morir y también miedo de vivir. Sus lágrimas y las mías se confundían en un mismo sufrimiento ante el cual yo no tenía ni explicación ni respuesta.

Haciendo mi mayor esfuerzo me sobreponía y les daba ánimos, prometiéndoles que me verían salir caminando del hospital, pero cuando se iban el corazón se me desmoronaba en mil pedazos y mis lágrimas empapaban la almohada. No soportaba ver a mis hijos sufrir de esa manera. No me perdonaba que hubieran cambiado tanto por mi culpa. Por mi causa, mi familia se había roto y mis hijos estaban desesperados. Les había hecho un daño irreparable. Muchas veces me reproché mi falta de cuidado, mi temeridad; me desesperaba queriendo regresar el tiempo atrás para hacer las cosas de otra manera. Yo y sólo yo era culpable de tanto mal.

No sé si hubiera podido vivir el resto de mis días cargando esta culpa. Además de mi estado físico, la culpa era como una lápida puesta sobre mis hombros que me hacía todo más difícil. Me odiaba a mí misma por ser quien era. No podía perdonarme lo que había hecho y sus consecuencias.

Después de tres años en el hospital, los médicos decidieron que era tiempo de que saliera. Mi situación física era estable y estaba fuera de peligro. Pero no me movía. Tenía mucho miedo de salir del hospital porque implicaba reconocer que no caminaba y que posiblemente nunca lo haría. Así, llena de sentimientos



contradictorios, entre los que destacaba la ira, regresé a mi casa sentada en una silla de ruedas.

Paco y Mariela estaban felices de que hubiera regresado. Paco me saltaba encima y Mariela se veía muy contenta, como pocas veces la había visto. Yo no lo estaba. Había fracasado y no me aceptaba como una discapacitada.

Supongo que mis hijos esperaban el restablecimiento de nuestra familia, pero mi regreso a casa fue el fin de la relación entre Serafín, mi marido, y yo, pues él ya estaba involucrado en otra relación. Nos quedamos solos los tres, y lo que había sido alegría a mi llegada se convirtió en una pesada carga, pues no era fácil para una preadolescente y un niño hacerse cargo de su madre inmóvil.

Mariela era la que se encargaba de mí. Me bañaba, me aseaba, me daba de comer, y se levantaba durante la noche para ayudarme con el cómodo las veces que fueran necesarias. Me tenía mucha paciencia y era totalmente incondicional.

Yo estaba furiosa, era incapaz de aceptar mi realidad y me había llenado de demonios internos. A pesar de la entrega de mis hijos, al ser las personas más cercanas empecé a desquitar mi rabia contra ellos. Los llamaba inútiles, idiotas, les exigía cosas absurdas, los maltrataba, les gritaba indiscriminadamente. Al menor error aprovechaba para regañarlos y humillarlos: “¡Idiota, levanta la cara, no ves que estás dando lástima! ¡No puedes hacer nada bien, pedazo de inútil!” No dejaba que Mariela fuera a las fiestas, con rabia le decía: “Ni modo, te tocó que tu madre estuviera así. Te aguantas y no vas”.

Vivía enfurecida y amargada y no toleraba que se demoraran o se equivocaran con lo que les pedía: “¡Cuando les diga que vengan, vienen de inmediato, inútiles!” Otras veces los corría a gritos de mi cuarto: “Tengo sueño, así que se me largan ahora mismo... y pobre del que abra la puerta o me moleste. No quiero verlos”. Ni siquiera permitía que me contestaran o que contradijeran

mis palabras: “¡Cuidadito y me contestes. Haz lo que te digo y cállate la boca!”

Paco se volvió el travieso de su clase y siempre tenía las calificaciones más bajas de la escuela, constantemente me llegaban reportes y hasta expulsiones. Mariela sacaba excelentes notas, pero era muy introvertida, no hablaba y evitaba el contacto con los demás. Se la pasaba en un rincón durante el recreo y con frecuencia se dormía en clase. ¿Cómo no iba a ser así, si cada noche tenía que levantarse hasta ocho veces para llevarme el cómodo, y en ocasiones hasta bañarme, pues ella no alcanzaba a llegar y me orinaba?

En realidad, no quería que mis hijos ni nadie estuviera cerca de mí. Sentía tanto coraje hirviendo en mi interior, que me era imposible tener cualquier contacto humano sano. Cuando por fin llegaba la noche, me acordaba de cómo me habían cuidado, de cómo los había maltratado y me arrepentía llorando con amargura. Al día siguiente, sin embargo, volvía a repetir la misma historia.

Por fin, Paco quiso irse con su papá, y no dudo de que estuviera buscando escapar del infierno en que vivíamos. Su partida me provocó un dolor más en el alma, aunque entendía que era mejor que estuviera lejos. Mariela permaneció conmigo y nos quedamos solas: una mujer inmóvil y una niña de trece años.

Para completar el cuadro, mi madre, con quien sostenía una pésima relación, vino a vivir con nosotras. A pesar de que su intención era muy buena, tomé su llegada como el ingreso de un intruso en mi vida. Y me enojé todavía más.

## CAPÍTULO 3

### EL CORAZÓN EMPIEZA A ABRIRSE

Pasaba el tiempo, y en vez de que hubiera alguna mejoría en mi ánimo, me seguía amargando y marchitando. No quería ver a nadie ni que me vieran. Sentía que no volvería a enfrentar el mundo con el mismo ímpetu con que lo hice en el pasado, en mis tiempos de rebelde, de intrépida. La vida me había ganado la jugada traicioneramente y nada tenía sentido, desde el amanecer hasta el anochecer sufría. A veces enloquecía de dolor físico: si permanecía demasiado tiempo en una postura, sin que me voltearan, sentía que la cama me quemaba, estaba harta de que me dieran de comer en la boca y de que me batieran; en ocasiones, mi propio olor me hacía vomitar, pues sin darme cuenta orinaba o defecaba en la cama.

Mi mamá no hacía más que llorar, y en ocasiones me regañaba porque yo no aceptaba ayuda de nadie. Sentía que a todos les daba lástima, y juraba que primero me moriría de hambre antes que recibir limosnas. Juzgaba y criticaba a todo el mundo, culpaba a mi marido, sentía que todos eran falsos, hipócritas, convenencieros y mentirosos. Mi corazón no sentía más que odio, y mi alma estaba negra y lastimada.

La intensidad del sufrimiento desembocó en una depresión profunda que me hacía pasar semanas enteras en silencio, sin hablar, sin querer moverme, sin desear siquiera abrir los ojos. Me invadía un miedo muy profundo, espantoso, una angustia insostenible, pues no aceptaba mi realidad: tanto tiempo luchando y

mi condición permanecía igual. Nunca volvería a ser la misma de antes. Me resultaba imposible imaginarme sin movimiento y sentía que el propósito de mi vida había llegado a su fin. Del fuego de mi pasión no quedaban sino cenizas y jugaba cada vez más con la idea de matarme.

“Mis hijos –pensaba– sufrirán un tiempo por mi ausencia, pero después saldrán adelante.” Estaba convencida de que la solución a mi sufrimiento y al de aquellos que me rodeaban era mi muerte.

Durante mi prolongadísima estancia en el hospital me visitó cuanto psicólogo, psiquiatra y terapeuta hubiera deseado cualquier loco. Diría que fueron más de cuarenta. Ninguna de esas eminencias logró despertar en mí el anhelo de vivir, ni la esperanza de que hubiera algo más allá de mi inmovilidad. Ahora, en casa, esa posibilidad se hacía mucho más remota.

Entonces ocurrió un milagro que le dio a mi vida un vuelco. En verdad, qué poco sabía de los caminos de Dios y cuánto me quedaba por conocer.

Unas vecinas habían escuchado de mi madre que en tres meses casi no me había movido ni abierto los ojos. Me daban de comer a fuerza y yo gritaba irritada que no quería a nadie enfrente. Lucha, mi vecina, me convenció de que recibiera a “unas terapeutas muy buenas”: Martha y Marcela. Qué más daba... de todas maneras pensaba matarme, así que, por mí, lo mismo podían venir que irse.

Dijeron que vendrían un martes por la tarde... Esperé y esperé y nunca llegaron. “Encima de todo, ni siquiera vienen”, pensé, y más se fortalecía mi convicción de que lo mejor era matarme.

Miércoles... ya ni me acordaba de ellas cuando tocaron a la puerta. Entraron dos mujeres de aspecto elegante, pero sencillo. Su ánimo y su alegría me impresionaron; más aún la dulzura de su mirada y la belleza de sus ojos. Martha exclamó casi cantando: “¡Sabía que hoy era el día!”

Me quedé atónita. ¿Cómo sabía que ese día pensaba matarme? Algo se estremeció dentro de mí y empecé a experimentar

una rara sensación. Me di cuenta de que me gustaba que estuvieran conmigo.

Platicaron un buen rato y después Martha afirmó, como si me conociera desde siempre: “Me he encontrado con muchísimas personas inválidas... tú sólo lo estás del cuerpo, porque del alma eres la persona más activa que he conocido”.

Y continuó: “Marcela vendrá a verte las veces que necesites”.

Por lo pronto, hicimos una cita: jueves de 6 a 7 de la noche. Se fueron y no lograba conciliar el sueño pensando en la próxima reunión. Era la primera vez que alguien me agradaba tanto. ¿Terapia? No sabía lo que era. En el fondo no quería y sin embargo dije que sí, como si algo superior a mí respondiera en mi lugar. Así inicié mi proceso terapéutico.

Marcela venía una vez a la semana, me escuchaba con mucha atención y con una actitud que no acertaba a describir. Era cálida y suave, y sin importar mi estado de ánimo —triste, enojado, deprimido, iracundo, descorazonado—, me atendía con esmero y se quedaba cerca. Con su presencia me dejaba ver que le interesaba, cuando ni siquiera yo misma me interesaba en mí.

Sin darme cuenta, los días empezaron a transcurrir en espera de la hora en que Marcela me visitaría, hasta que se volvió el acontecimiento central de toda la semana. Como a los tres meses, Marcela me dijo que en adelante tendría que ir a su consultorio. De inmediato me indigné, pues me parecía que pedía algo imposible. ¿Cómo saldría de la cama cuando a duras penas me movían para lo más esencial? Instantáneamente se derrumbó lo que había construido alrededor de ella: se había convertido en alguien que me escuchaba y me acompañaba, que me entendía y no se impacientaba conmigo, pero ahora todo cambiaba, yo no podía salir de mi casa y ella parecía no entenderlo. A pesar de percibir claramente mi actitud, Marcela no modificó su decisión y me dejó escritos el día y la hora en que debía ir a su consultorio.

No sé cómo lo hice, pero a la semana siguiente ahí estaba yo sentada frente a ella en su consultorio. Ésas fueron mis primeras salidas de regreso al mundo después del accidente y me representaban un esfuerzo muy grande. Alguien me tenía que cargar como un bulto, subir al coche, llevar a la dirección indicada, bajar del coche y cargarme de nuevo para sortear los últimos escalones hasta el consultorio. El esfuerzo físico era enorme para mí y para quien me ayudaba, pero la humillación que sentía al percibirme como un costal inerte era aún más espantosa. Me daba vergüenza, indignación, coraje, me sentía inútil, un desperdicio. Todo mi orgullo se desmoronaba ante el peso de mi realidad, pero al mismo tiempo no estaba dispuesta a dejar de ver a Marcela. Me tragaba mi orgullo, mis lágrimas, mi coraje, y aprovechaba mi hora de trabajo con Marcela confiándole todo lo que sufría. Fueron meses muy amargos en los que la mayor parte del tiempo me quejaba y lloraba de rabia, pero Marcela nunca perdía la paciencia, ni me despreciaba, ni se desesperaba. Al contrario, nuestro lazo se fue haciendo cada vez más profundo.

Como a los dos años de estar en terapia individual, me dijo que ahora asistiría a una terapia de grupo. Al principio pensé que iríamos puros discapacitados, pero cuando me enteré de que la única discapacitada era yo, volvió a desmoronarse el mundo que había erigido en torno a Marcela. Quedaba claro que no me entendía y que mucho menos me apoyaba. Si hubiera comprendido lo que sentía, jamás me habría propuesto tal cosa... Mi mente daba vueltas y vueltas con enojo y frustración ante su exigencia. En el fondo, me daba pánico enfrentarme a todo un grupo de personas que ni conocía ni me interesaba. Además, ¿cómo participaría si no podía ni llevarme un vaso de agua a la boca y necesitaría ayuda en caso de que tuviera que ir al baño?... Esos pensamientos me producían furia y desengaño; aun así, desconcertada por mi confusión y a pesar mío, me presenté en la fecha indicada para iniciar mi terapia de grupo.

No hay palabras para expresar la mezcla de sentimientos que me inundaba mientras esperaba en un sillón a que llegaran los otros participantes. Miedo, vergüenza, coraje y timidez se agolpaban en mi pecho, mientras tenía que hacer un esfuerzo por no desmayarme. Alcancé a escuchar a uno de los hombres del grupo que al verme dijo en voz baja: “¡Pobre mujer!” La humillación taladraba mi corazón, pero tragándome las lágrimas tuve que dejar que me llevara hasta la sala de terapias. Ese señor tan distinguido iba a cargarme a mí, la encarnación de la repugnancia. No podía con tanta vergüenza.

Oculté mis sentimientos tras una sonrisa que seguramente se miraba como una mueca. Sólo Dios y yo sabíamos que, si hubiera podido, habría salido corriendo. Llegaron los demás y yo no pensaba más que en la hora en que aquello terminaría, o en que llegara otro discapacitado para que me hiciera compañía. Las dos horas me parecieron dos años y no veía el momento de marcharme. Sumida en mis temores y preocupaciones, inundada de vergüenza, ni siquiera escuché lo que decían. Estaba metida en un agujero y no quería que nadie me viera ni se fijara en mí. Por fin, Marcela dio por concluida la primera sesión y suspiré aliviada.

En la siguiente terapia individual, aproveché la primera oportunidad para preguntarle a Marcela si debía seguir yendo al grupo. Le dije lo difícil que me había resultado. Su respuesta me desconcertó: “Si te parece muy difícil, no vengas, o si te da pena, mejor quédate en tu casa”.

Sentía hervir la sangre y pensaba: “Ésta ¿qué se cree? Claro que voy a venir, aunque sienta pena me la aguanto, y aunque me parezca difícil, le voy a demostrar que sí puedo”.

No resultó difícil, sino difícilísimo. El día en que teníamos la sesión de grupo, amanecía sufriendo. Desde muy temprano dejaba de tomar líquidos, comía cosas saladas para evitar orinarme inesperadamente y para no verme obligada a solicitar ir al baño. A veces sudaba frío porque ya había permanecido demasiado

tiempo en una sola posición, pero no me atrevía a pedir ayuda. Tampoco comía ni tomaba nada de lo que nos ofrecían, porque sentía vergüenza de que me vieran comer.

Pensé que tardaría muchos meses en dominar esta ola de sentimientos, pues invariablemente me sentía en desventaja, tonta, inútil, fuera de lugar. Poco a poco me fui dando cuenta de que no se trataba de dominar nada sino de permitir.

En cada sesión escuchaba las historias de cada participante, veía sus rostros tristes, su confusión y su transformación después de trabajar en el grupo. Yo misma me daba cuenta de que algo se liberaba en mí después de participar, y que al confiar y dejarme ver por los otros sin querer demostrar nada ni aparentar nada, sentía un bienestar extraño, pero agradable al que no estaba acostumbrada.

Con el tiempo fui tomando confianza con Mary Tere, una joven que, aunque podía mover su cuerpo perfectamente, sufría muchísimo. Ella empezó a asistirme durante la sesión, ayudándome a comer o a beber algo, moviéndome para cambiar de posición y descansar, y hasta llevándome al baño cuando ya era urgente. Nuestros dolores eran de índole muy diferente, pero cuando ella trabajaba en su proceso yo no podía sino conmoverme. Después de unos meses me di cuenta de que yo no era la única que sufría y de que todos en ese grupo teníamos situaciones dolorosas por resolver.

El rechazo que sentía por el grupo se fue tornando en afecto y amor por cada uno de mis compañeros, quienes imprimieron en mí una huella profunda. Entre todos fuimos gestando el milagro de nuestra mutua transformación. Héctor, por ejemplo, quien al principio me parecía un chocante empedernido, queriendo siempre que todo fuera bonito y perfecto, acabó humanizándose y sobando mis manos para desentumirlas. Mi juicio inicial acabó convirtiéndose en un profundo afecto hacia él. Mary Tere, a quien sentía capaz de matar a alguien o de quitarse la vida, fue



transformándose en una mujer con una fuerza impresionante, y una vez más, algo en mí también cambió: al principio me había caído muy mal y después llegó a ser una de las más queridas de mi corazón. Paty, una mujer que después de mucho luchar contra sí misma aceptó su rigidez y su miedo, pudo descubrir que había algo muy valioso en el fondo: ella misma, una mujer plena de generosidad y gentileza, llena de cualidades y con la posibilidad de hacerse feliz. Roberto, en su enorme timidez, nos descubrió el tesoro de sensibilidad que llevaba dentro, y Francisco, quien llegó con una angustia y un orgullo que lo rebasaban, poco a poco fue ganándose el afecto de todos. Mónica puso a prueba el amor de nuestro grupo, pero logramos sobrevivir y fortalecernos entre todos. Ángeles, quien al principio ni ruido hacía, se fue descubriendo en todo su potencial y hasta inició su formación como guía Montessori. Marcela A., una mujer bella, generosa, noble y llena de amor, encontró en sí misma estas cualidades que todos veíamos, pero que ella ignoraba.

¡Cuántos milagros se gestaban en nuestro grupo! Sin querer, descubrí que la discapacidad física era un aspecto difícil y doloroso para quien la vive, pero que la discapacidad emocional y espiritual representa el verdadero infierno o la muerte en vida.

Es verdad que en muchos casos la discapacidad física no tiene remedio, y que por más terapias, rehabilitaciones, ejercicios, tratamientos, y hasta brujerías, la recuperación es limitada. Sin embargo, la recuperación interior de un ser humano, el crecimiento y la movilidad que llega a tener en su espíritu, es ilimitada. Para un discapacitado tanto el cuerpo como el espíritu se fracturan ante la pérdida de su capacidad física. El mensaje que quiero transmitir a cada uno, es que no pierdan la esperanza, pues la recuperación del espíritu representa el verdadero camino de una vida feliz y con sentido.

Cuántas lágrimas, cuánto dolor, cuánto sufrimiento, cuánto amor, cuántas risas y enojos, cuántos abrazos compartíamos. Todo, cada

momento, valía la pena, porque salíamos alimentados y motivados para continuar con nuestro camino de lucha, que es el de toda la vida. A pesar de los éxitos que cosechábamos, siempre quedaba algo por hacer. Para mí había etapas muy buenas y también caídas terribles, de las que nuevamente me levantaba para seguir luchando.

Uno de los episodios más dolorosos que compartí con mi grupo fue cuando me encontraba harta de los esfuerzos constantes que tenía que hacer ante mi inmovilidad y mi necesidad permanente de ayuda. En San Juan, donde vivía, cada vez sentía que las cosas iban peor. Mi familia me caía mal. Todos veían cómo me dividía en mil partes para obtener mi sustento. Compraba cosas para venderlas, cobraba, me trasladaba como podía, hablaba por teléfono, ofrecía a mis amigas toda clase de artículos, supervisaba a mis hijos, sus tareas, y me aguantaba las angustias tanto físicas como económicas. Y, sin embargo, nadie me ayudaba. Parecían estar muy ocupados en sus obligaciones y, por supuesto, a nadie le compartía el peso tan grande que cargaba a cuestas.

Me sentía sola y abandonada, sin un hombre en quien apoyarme, lo que recrudecía el recuerdo de mi ex marido. No acababa de aceptar la realidad de que yo, y sólo yo, tenía que hacerme cargo no sólo de mí misma y de mis hijos... Aunado a esto, sentía el compromiso de encargarme económicamente de mi madre. Entre mi hermano mayor y yo afrontábamos esta responsabilidad.

Una noche, harta y desconsolada por mi situación, exploté. Era más de media noche cuando llamé a Lidia (mi asistente de ese entonces) para que me llevara al baño. Cuando me levantó, jaloneó fuertemente mis piernas, con mucho coraje. Pensé furiosa: “Además de que le pago, aguanto sus granos –porque me molestaba su rostro siempre floreado de acné–, mantengo a su hija y soporto su mal aliento, esta mensa me jalonea”. Eso pensaba, cuando se me zafó un zapato y Lidia, con el reniego en la boca,

expresó su desagrado jaloneándome ahora de los brazos. No pude más y explotó la bomba. La aventé con tanta energía, que con la inercia fui a dar a media recámara. Me tronaron los huesos, pero nada me importó, estaba fuera de mí. El trancazo se escuchó tan fuerte, que todos se levantaron para ver qué pasaba. Yo insultaba a Lidia y le exigía que se alejara de mí, le decía que me tenía harta, que no soportaba que me tocara, que sentía ganas de vomitar, ganas de matarla. “¡Para eso me jodo, para pagar a alguien que me atienda! Y si crees que a ti te cuesta trabajo levantarte, a mí me cuesta mucho más, además del esfuerzo que representa mantenerte...!”

Daba de gritos sin reparar en nada más que en el coraje que sentía, mientras ella intentaba acercarse y levantarme sin que yo se lo permitiera. A gritos e insultos desfogueé toda la desesperación, el coraje y el odio que cada cierto tiempo se acumulaba en mí, aun después de etapas de bienestar y paz interna. De repente se amplió mi visión y me di cuenta de que estaba rodeada de mi familia: mi mamá, mi sobrino Jorge, la otra muchacha y la hija de Lidia.

Mi mamá intentó acercarse y también le grité: “¡No me toques! Me tienes harta de tus achaques y enfermedades, eres una inútil que sirve sólo para molestar y depender de todo el mundo... Mira, mamá, estoy segura de que si alguien se quiere morir, se muere, pero tú lo único que quieres es chantajearnos a todos, buscando problemas y cebollitas para tener de qué llorar. Además, no haces nada, ni guisar, ni tejer, ni ver tus plantas, ni nada... Te odio por ser como eres y, por mí, te puedes largar, o mejor me voy yo con tal de no verte”.

Todos intentaban acercarse para levantarme del piso. Mi mamá trataba de calmarme, pero entonces más lloraba y gritaba que se alejaran de mí, que ni me tocaran. Estaban asustados con mi reacción, pues nunca me habían visto derramar ni una lágrima, y mucho menos en ese estado, tirada en el piso enseñando los calzones, medio desnuda y orinada, dando de gritos.

Me quedé así un buen rato, tiesa y fría, intentando arrastrarme hasta la cama. Poco a poco se acercó mi sobrino Jorge, al que siempre he querido mucho, y con grandes trabajos me arrastró de la cintura hasta subirme a la cama y taparme. Esa noche dormí pensando en irme al hospital e internarme para no salir más. “Con el orgullo que tiene mi mamá, nunca más volverá a hablarme”, pensaba mortificada.

A la mañana siguiente escuché que llamaban a la puerta. No contesté. Creí que era Lidia... estaba decidida a correrla. O a lo mejor venía a decir que ya se iba. Se abrió la puerta... Era mi mamá. Con el desayuno dispuesto en una charola, había preparado la fruta como a mí me gustaba, venía muy arreglada, y entre lágrimas me pidió perdón: “Nunca imaginé que sufieras tanto, pídeme lo que quieras, hija, porque hasta ahora me doy cuenta de que tienes razón. Quiero poner todo de mi parte para hacer las cosas bien”.

No podía creerlo, nunca antes había reaccionado así. Las palabras no fueron nada comparado con lo que sentí cuando se acercó, me abrazó y me besó. Por primera vez en mi vida nació en mi corazón el deseo de quererla de verdad, pues nunca le había dado un beso.

Paulatinamente se fue gestando un cambio y empezó a guisar, a tejer todos los días. Empezó a cuidar de sus plantas y a ocuparse de la casa, como si gracias a ese encontronazo ella también hubiera vuelto a la vida y pudiéramos por fin tocar nuestras almas adoloridas y solitarias. Al romperse esa barrera aprecié a mi mamá como nunca antes. Me di cuenta de que más allá de las dificultades que tuvimos durante mi infancia, su vida había sido muy dura y, sin embargo, había tenido la capacidad de entregarse al cuidado de su familia. Reconocí que era una mujer alegre y cuidadosa, que siempre tenía la casa impecable, las colchas almidonadas, las camisas de mis hermanos blancas y planchaditas. Se entregó con vehemencia a la recuperación de mi hermano que, por la polio,

tuvo que someterse a cuarenta operaciones. Con mi padre, fue incondicional y fiel, siempre ahorrativa y apoyándolo en todo, colocando por encima el bienestar de su familia.

Con el tiempo, mi madre tuvo la confianza de contarme pasajes de su vida sumamente dolorosos que me han permitido comprenderla. Hoy creo que es una mujer valiosa y esforzada que ha hecho todo por salir adelante y por darnos a sus hijos la mejor vida que ella pudo ofrecernos.

## CAPÍTULO 4

### ACEPTACIÓN

Al año y medio de iniciado el grupo, Marcela nos propuso asistir a una terapia intensiva de tres días que se organizaría en Cuernavaca con Martha, su maestra, a quien conocí cuando me visitaron aquella primera vez. Por supuesto que me dio miedo, pero ya era tal mi confianza en Marcela que esta vez no dudé, ni me enojé, ni sentí que no me entendía. Al contrario, dentro de mí latía la incertidumbre y la esperanza. ¿Esperanza de qué? Ni yo misma lo sabía conscientemente, pero ahí estaba, dispuesta a afrontar lo que pasara.

Por fin, llegó el día... 23 de febrero. Sin que lo supiera, mi trabajo terapéutico empezó durante el camino. Desde mi accidente no había vuelto a transitar por la carretera a Cuernavaca, y ahora un recuerdo tras otro pasaba por mi mente como una película. Las idas a Tequesquitengo para saltar en paracaídas, ya en un camión militar, ya con mi familia en una camioneta. Muchas veces observaba el azul del cielo para pronosticar el clima, factor importantísimo para lograr un buen trabajo de salto libre. Ahora lo volvía a mirar, sin imaginar que nuevamente saltaría desde una dimensión diferente.

Desayunamos en Sanborns de Cuernavaca. Martha se sentó en la cabecera de la mesa. Llevaba muletas porque se había fracturado una pierna y la tenía enyesada. A pesar de eso, no quiso posponer la reunión, de manera que nuestra terapeuta iba también limitada en sus movimientos. Al terminar, nos dirigimos a la casa donde permaneceríamos los siguientes días. En cuanto llegamos,

sentí la calidez del aire y la vegetación pintada de colores que rodeaba la casa. En el jardín había una alberca que se antojaba fresca. En cuanto me bajaron sentí muchas ganas de tocar el agua y Bruno me ayudó. Cuánta paz y cuánta armonía se percibía. Todo estaba puesto con cuidado y sencillez, y de la casa emanaba un dulce aroma de incienso.

Yo iba decidida a dar y a tomar todo, completamente receptiva y abierta. Cada vivencia que escuchaba se reflejaba en mí como si se tratara de mi propia vida. Algunas cosas me reflejaban aspectos de mis hijos, otras de mis padres o de mis hermanos, de mi ex marido, y muchas me reflejaban a mí directamente. En cierto momento, Martha nos preguntó qué queríamos dejar, de qué nos queríamos despojar. Sin pensarlo mucho, dije que de todo el coraje que sentía dentro de mí. Sin más, quedaron mis palabras flotando en el ambiente.

Llegó la hora de dormir y dentro de mí danzaba una sensación especial y extraña a la vez. Se me quitó el sueño... No podía cerrar los ojos, pues sentía la presencia de “alguien” en la habitación. Con mucha inquietud, volteaba la cabeza de un lado a otro. Mis piernas me hormigueaban y empezaron a ponerse calientes, muy calientes, hasta que me ardieron de tal forma que quise gritar, sin atreverme a hacerlo. Me contuve mientras el impulso de moverme se hacía cada vez más intenso. Pero se trataba sólo del impulso, pues no me moví ni tantito. Al amanecer, me di cuenta de que casi no había dormido. Escuchaba la voz de Martha cantando un mantra y mi corazón se estremecía de emoción. Inquieta me apresté para que me ayudaran a levantar y así empezar un nuevo día de trabajo. Salimos todos a una terraza desde donde contemplamos el amanecer de un nuevo día. La frescura de la mañana envolvía el paisaje recortado a lo lejos por las montañas en un cielo claro y despejado, mientras las golondrinas se deslizaban juguetonas en el aire. La tierra despertaba entre los silbidos de los pájaros y la brisa tempranera. El sol, la vela del mundo,

apareció tras las montañas, penetrando con sus rayos mi alma temblorosa. Inmensamente libre, volé agradeciéndole a Dios ese momento de belleza incomparable, mientras mis ojos se inundaban de lágrimas.

Se me venían a la cabeza tantas palabras de Marcela, tantas enseñanzas que había recibido en el camino y que ahora empezaba a entender. Retumbaban en mis adentros las preguntas: “¿Qué le doy a la vida? ¿De qué manera colaboro a la Creación divina? ¿Qué aporta mi existencia al gran tapiz humano y cósmico?” Conmovida, ingresé a la casa para iniciar un segundo día de trabajo terapéutico.

No bien habíamos terminado el desayuno, Martha, sin dar tregua alguna, ya estaba afanándose con intensidad en lo que cada uno necesitaba: Ángeles lloraba sin cesar después de compartir lo doloroso de su infancia, y cada uno iba entrando en el proceso que le tocaba. Trabajamos incansablemente hasta el medio día y, durante la comida, cuando más distraída estaba, Martha se acercó a mí y me preguntó: “Por cierto, Tony, ¿recuerdas qué día es hoy?”

Me tomó completamente por sorpresa. ¿Qué día es hoy? ¿A qué se refiere?... ¿De qué me está hablando?... De pronto, me cimbré, la garganta se me hizo nudo y no pude ni completar... “veinticuatro”.

Con eso bastó para que explotara en llanto, tocando por primera vez la realidad de mi dolor. Parecería que siempre había estado en contacto con él por el grado de dificultad con el que vivía, sin embargo empecé a entender cuánto me había defendido de tocar mi realidad. Martha me miraba desde su propia silla de ruedas y me dijo: “Mira, qué *causalidad*, a las dos nos tocó venir en silla de ruedas... Sólo que yo me levanto y la dejo la semana que entra”.

Sus palabras traspasaron mi alma con la agudeza de un cuchillo y exploté en un grito que hizo estremecer a mis compañeros: “¡Nooooo!”



Sólo un aguijonazo como ése fue capaz de destapar el almacén de sentimientos podridos que había guardado inconscientemente durante años.

Quién sabe cómo, aventé la mesa de madera maciza que medía más de dos metros de diámetro y luego me jalé del borde de la misma con las manos y me puse de pie. El coraje y el odio se apoderaron de mí y, sin pasar una sola palabra por el filtro de la cordura, continué gritando: “¿Sabes que te odio, que me caes mal? Esto no se le dice a una persona. ¡Eres una maldita y no te soporto! ¡Te odio, maldita! ¿Cómo te atreves a hablarme así!”

Estaba tan obnubilada que no cobraba conciencia de que me encontraba de pie.

Martha, inamovible, me seguía provocando: “Sí, pero mírame bien. La semana que entra voy a caminar como siempre”.

Seguí vociferando cuanto insulto se me ocurría, como si por la boca salieran todos los infiernos y demonios con los que había vivido. Vomitaba coraje, desesperación, rencor, odio, dolor, sufrimiento, miedo... Me sentía capaz de matar en ese instante no sólo a Martha sino a mi grupo entero.

Indignada, me volteé hacia ellos, que se habían apeñuscado en un rincón. Los veía bañados en lágrimas, pero no alcanzaba a comprender nada.

—¡Y ustedes, bola de zánganos, estúpidos, idiotas, no me toquen ni se me acerquen! Me desesperan, no valoran lo que tienen. De todo se quejan —y a cada uno le vomité el odio y el coraje que sentía—. ¿Saben qué? Si ustedes creen que me desespera estar en una silla de ruedas, están equivocados. Me desesperan ustedes, que no hacen nada con su pinche pasividad, llorando por todo, quejándose, haciendo de su vida un drama. ¡Cómo quisiera que un solo día estuvieran amarrados a una silla de ruedas, sin poder moverse, pidiéndole a alguien que les ayude para llevarse un bocado a la boca y hasta para que los limpien cuando van al baño! ¡A ver quién de ustedes aguanta que le pongan chuecos los calzones, como me pasa a mí,

y a ver cuánto les duran las caras bonitas cada vez que tengan que pedir algo! ¡Pinches pasivos de mierda, ustedes son lo que más me desespera porque no valoran nada de lo que tienen! ¡Y no me toquen! ¡No los quiero cerca! ¡No valen nada, nada!

—¿Crees que lloran por ti? —intervino Martha—. No, lloran por ellos.

Como otro aguijonazo, me incitó a continuar con mi vómito:

—¡Dios!, ¡sólo tú sabes el infierno que he pasado, sólo tú sabes el infierno que he traído dentro, día tras día, paso tras paso! ¿Qué hice, a quién maté, qué te debo que me tienes pagándote de esta forma? ¿Por qué no me oyes? Yo volví a creer en ti, pero no existes. ¡Contéstame! —y desgarrándome la garganta grité—: ¡¡Dioooooos!!, ¿por qué no me oyes?, ¿por qué me has abandonado?

En ese instante se abrió el cielo y cayó un relámpago con un trueno ensordecedor.

Silencio...

En mi corazón se oyó la respuesta: “Aquí estoy”, y empecé a llorar junto con la lluvia que se derramó de un segundo a otro sobre nosotros.

Volví en mí y me vi parada afianzada a la mesa.

Poco a poco mis compañeros se fueron acercando y me acariciaron. Lloraban y lloraban, y cada uno me decía algo hermoso, que no me dejarían, que me querían mucho, que me entendían... Y yo lloraba a la par, inundados en un solo abrazo.

Me acercaron la silla, me sobaron las piernas para que pudiera volver a sentarme. Desde ese instante no dejé de llorar hasta el día siguiente. Mi grupo me rodeó con muchísima ternura y, tendiéndome en unos cojines, Martha me pidió que les compartiera mi historia. Las lágrimas bañaban mi rostro y también el de mis compañeros, quienes conmovidos compartían el dolor que tanto tiempo albergara en mi interior. Afuera, la lluvia caía con el estruendo de una cascada; adentro, en la sala de trabajo, la resequedad de mi alma se regaba abundantemente.

Por fin, agotada por las emociones y el movimiento corporal que había tenido, me fui a acostar. Entre lágrimas repasaba sensaciones, imágenes, instantes. Los recortes de mi vida se me presentaban como una película para dar paso a otros, y a otros más.

¡Cuánto miedo me había dado enfrentar esa realidad! Mi silla de ruedas, mi verdad. Paradójicamente, me sentía muy bien, muy tranquila, pero muy triste.

Desde que me acosté empecé a sentir unos piquetes y un hormigueo muy intenso en las piernas, aún más fuertes que los de la noche anterior. Involuntariamente, mis piernas se movían y temblaban: “¡Mary Tere! ¡Ven a ver lo que me está pasando!”, le grité desde la habitación.

Mary Tere vino corriendo y me destapó. Mis piernas se movían sin que yo pudiera controlarlo. Me impulsé para darme la vuelta en la cama yo sola, cosa que hasta entonces me había sido imposible.

—¡Estás gruesa, Tony! Mira cómo te mueves.

Entre emocionada, incrédula y asustada, me movía de un lado a otro, pidiéndole a Mary Tere que me masajeara y me pegara en las piernas, a ver si así desaparecían los piquetes y el ardor. Fue inútil. La energía recorría mi cuerpo con tal intensidad que no había manera de controlarla. Desde esa noche en adelante la sensibilidad de mis piernas aumentó de manera notable y pude girarme sola en la cama. Después de años de voltearme a base de morder las sábanas con los dientes para hacer palanca, en más o menos media hora de esfuerzo, esta noche estrenaba un movimiento.

Al igual que la noche anterior, mientras intentaba dormir veía una especie de bulto sentado en la silla frente a la cama. Me parecía una presencia, como si alguien me estuviera acompañando. No sentía miedo sino al contrario, la tranquilidad de quien sabe que está al cuidado de una presencia angelical. En la soledad de mi almohada aceptaba mi dolor, mi tristeza y, al fin, mi realidad.

Al día siguiente, a medida que las nubes se iban disipando, también se despejaba mi tristeza, dejando un dulce pero intenso sentimiento de amor. ¡Qué pena! ¡Cuántos insultos y cosas terribles había proferido contra mis compañeros... y sobre todo contra Martha! Me acerqué a ella pidiéndole que me perdonara, que nada de lo dicho era verdad... ¡Qué pena! “Te quiero muchísimo –le repetía una y otra vez–. No es cierto que te odie, de verdad no te odio.”

Ella sonreía tranquila y me inundaba con su mirada amorosa y plena, abrazándome y acariciándome con cariño. Mis compañeros de grupo me acompañaron a lo largo del día; por ratos recostados en el pasto, recibía sus cariños y su afecto y les correspondía de igual manera. Ahí, por primera vez, supe lo que era el amor. Mi corazón estaba rebosando del amor que sentía por cada uno de mis compañeros y por mis amadas maestras, Marcela y Martha. Por primera vez experimenté el amor hacia todos y hacia todo, y aprecié esos breves espacios en que no cabe más que dicha en el corazón. Todo resplandecía: el verde de los eucaliptos, el agua tibia de la alberca, las bugambilias en flor, pero más que nada la fuerza de mi amor.

Al terminar aquella sesión, fue como si todos, de alguna forma, hubiéramos renacido. Exhaustos pero radiantes, nos preparamos para regresar después de haber limpiado nuestro corazón y nuestra alma. En el lapso de tres días habíamos trabajado intensamente, de día y de noche, para convertirnos en personas más capaces, más amorosas, más humanas. El trabajo de Martha y Marcela fue extraordinario, pues ambas se entregaron sin reservas a cada uno de nosotros, guiándonos con sabiduría, valentía y amor por las tinieblas y la oscuridad que conducen a la luz del corazón. Ahora me tocaba a mí cuidarla y mantenerla ardientemente brillante.

## CAPÍTULO 5

### EMPIEZAN LOS MILAGROS

A lo largo de mi aprendizaje terapéutico, éste fue el primero de muchos escalones en los que encontraría una enorme riqueza de experiencias. Al relatarlo, suena como algo extraordinario, como un milagro, y lo es. He descubierto que constantemente ocurren milagros, pero muchas veces no alcanzamos a reconocerlos porque nuestra mente está demasiado embebida en cuestiones sin significado profundo, o porque nuestras propias expectativas de la vida y de lo que suponemos nos tendría que dar, nos impiden dar la bienvenida a lo que nos ofrece día con día.

La vida, dice otro maestro mío, lo que nos brinda es experiencias. Saberlas tomar y gozar con plenitud es nuestra tarea. Si nos quedamos atorados en nuestra idea de lo que suponemos que debemos recibir, permaneceremos profundamente infelices. Pero si, como en un banquete, nos servimos de la gran mesa de la vida, descubriremos la satisfacción de ir descubriendo cada uno de sus platillos, algunos dulces, otros amargos, otros sencillos y simples, y otros más extraordinarios y deliciosos, pero siempre con nuevos sabores por probar: las experiencias.

Después de este primer encuentro conmigo misma, cada vez que trabajaba en algún grupo de desarrollo humano pasaban cosas asombrosas. Ahora me doy cuenta de que todo lo que ocurría era resultado de mi propia entrega a lo que en ese momento tenía que hacer y que, como yo, cualquiera que pusiera el corazón en su propio trabajo de desarrollo quedaría asombrado por las vivencias.

Un año después de ese primer grupo de trabajo asistí a otro similar. En esta segunda ocasión, previamente había trabajado durante tres meses en cantar y meditar con un mantra. Para quien no lo sabe, un mantra es una frase o palabras de poder que nos ponen en contacto con una dimensión de conciencia superior. Yo estuve repitiendo el mantra *Om Namah Shivaya*, palabras en sánscrito que significan: “Me inclino ante mi propio Ser que es Dios”. Todos los días ponía una cinta en la que se cantaba el mantra, y poco a poco, casi imperceptiblemente, empezó a florecer en mi corazón la devoción. Por las noches pedía que me dejaran la cinta del mantra puesto y me dormía escuchándolo. De esa manera se instaló en mí la fuerza de una voluntad superior a la mía, que ahora llamo y reconozco como la fuerza del amor.

En esta segunda experiencia de grupo, iba yo con una actitud mucho más serena que el año anterior. Había crecido en madurez y equilibrio, y la ira que predominaba irremediamente en el pasado se había disuelto como se derrite un gran pedazo de hielo con los rayos del sol. El amor por los integrantes de mi grupo crecía con cada encuentro semanal, y la balanza de mis emociones se inclinaba con mucha más frecuencia hacia la gratitud y el amor que hacia la impotencia y la ira.

Al regresar a la misma casa en la que había dejado tanta amargura, sentí una inmensa gratitud. Ahí estaba la alberca, como una presencia cristalina que nos daba la bienvenida, la sala de trabajo cuyas paredes contenían los gritos y los llantos de muchas personas que ahí habían trabajado, y la habitación donde, acompañada por esa extraña presencia, me había acogido por tres noches y tres días. Todo lo percibía vibrante y lleno de luz. Martha, como siempre, envolvía a cada uno de los integrantes del grupo con el manto de su amor y su dulzura.

Mi trabajo, en esta ocasión, careció del dramatismo y la emotividad de la vez anterior, pero la profundidad de lo que ocurrió fue una muestra inequívoca de que mi corazón empezaba a

convertirse en un vergel de flores de muchos colores. El segundo día de trabajo, el sábado por la tarde, habíamos salido al jardín a trabajar. Yo me había puesto unos shorts y sentía cómo el sol acariciaba mis piernas, que rara vez estaban expuestas. Como llevaba mucho rato sentada, pusieron una toalla grande sobre el pasto y me acostaron boca arriba, disfrutando de la cercanía de mis compañeros, la tibieza del medio día, el cielo azul y el mantra que Martha hizo sonar en una grabadora cercana. Cerré los ojos y suavemente empecé a mecarme con el canto sagrado. Escuchaba mi voz y la de los demás como un diálogo de voces que se contestan unas a otras. El tiempo perdió su significado y quedé suspendida en un estado de plenitud y silencio interior. Sin abrir los ojos, percibí la presencia de Martha que me decía: “Tony, siente la fuerza de tu amor por todo tu grupo”.

Sin esfuerzo alguno, mi corazón se inundó conmovido de ese amor que Martha invocaba. No tenía que hacer nada. Ella hablaba y mi ser respondía como si supiera de antemano lo que había que hacer. Me sentía completamente llena, rebosante de una energía amorosa que corría por todo mi ser.

“Tony, por la fuerza de tu amor, levanta tu pierna.”

Las palabras de Martha entraban por cada poro de mi ser, y como una orden a la cual no pudiera negarme, conecté la energía que me recorría por todo el cuerpo con mi pierna inerte. Sentía un hormigueo tremendo en la pierna derecha, pero no la podía mover.

“Por la fuerza de tu amor, levanta tu pierna.”

Las palabras de Martha eran contundentes. Escuchaba la convicción de su tono. Ella no tenía duda de que lo haría. A mi alrededor, todo mi grupo, conmovido, había puesto sus manos en diferentes partes de mi cuerpo. Algunos tocaban mi cabeza, otros mis brazos, otros mi vientre, mis manos, mis piernas. Sentía la energía de una conexión misteriosa con cada uno, que nos unía en una sola energía, una fuerza indescriptible, poderosísima.

No sé cómo pasó, pero mi pierna se elevó poco a poco hasta quedar flexionada en el aire. Sentí cómo la planta de mi pie se posaba sobre la toalla y abrí los ojos... Miré mi pierna. Sólo porque lo estaba viendo lo creí. Uno a uno, fui mirando los ojos conmovidos de mis compañeros, que me rodeaban y me acompañaban, partícipes y testigos de ese nuevo milagro. No sabía cómo explicarlo, pero había levantado mi pierna y la había apoyado. No era mi imaginación, aunque dentro de mi mente había imaginado cómo realizaba el movimiento.

Martha me pidió que moviera la otra pierna... Con mucho esfuerzo la levanté, y sólo con ayuda de mis compañeros, que la tomaron en el aire, la flexioné para apoyarla también en la toalla. Al colocar ambas piernas sobre el piso, mi cadera empezó a elevarse espontáneamente. Volteaba a mirar mi cuerpo y no podía creer la posición en que se había colocado, pues todo lo que había pasado era “técnicamente imposible”. Por mi lesión en el cuello, era imposible que me moviera de esa forma.

Lo que para una persona común y corriente sería un acto trivial e insignificante, para mí fue un milagro. Cada conquista en el movimiento de mi cuerpo me abrió a la conciencia de que los milagros son la esencia de la vida. Y sé que no sólo me ocurren a mí. Le ocurren a todas las personas que se montan en su oportunidad y la cabalgan hasta dar a la vida una vuelta de 180 grados. He ahí el gran reto: tomar esa circunstancia que parece hacernos sufrir y preguntarnos “¿qué tengo que hacer con esto?”, “¿qué necesito aprender de esto?”, y atreverse a vivir el reto. Conforme fui entrando en el campo de los milagros, fueron cambiando de naturaleza, pues pasaron de lo físico a lo emocional, sensorial y espiritual. Es más, en esa ocasión el mayor milagro fue verme liberada de la amargura que me había acompañado desde mi accidente y descubrir en su lugar mi corazón rebosando de amor por personas a las que jamás hubiera imaginado llegar a amar tanto. La calidad de mi amor se había depurado gracias a las



experiencias más difíciles de mi vida. Comparaba aquello que ahora llamaba *amor* con lo que antes de mi accidente había llamado así, y veía una diferencia abismal en su profundidad y peso, en su calidad y energía. Estaba en el proceso de convertirme en un ser humano.

El mantra que había cantado pertenece a una tradición espiritual específica, y poco después conocí a la maestra espiritual que lo enseña. Se llama Swami Chidvilasananda, pero todo mundo la conoce como Gurumayi. Marcela me dijo que era una gran oportunidad estar en su presencia, así que sin dudar lo convencí a mi amiga Pilar de que me llevara al World Trade Center, donde se presentaría. Era impresionante la cantidad de gente que había, pero gracias a Dios, cuando llegué, Martha y Marcela me estaban esperando para ayudarme a entrar. Como llegué temprano, pude acomodarme muy cerca de ella. Es una mujer hindú muy joven y hermosa. Vestía una túnica larga totalmente anaranjada y lucía el cabello muy corto, aunque se apreciaba que lo tenía rizado. Estuvimos varias horas frente a ella, pues primero hubo un canto muy largo, luego una meditación, y finalmente las palabras de Gurumayi. Cuando terminó de hablar, me permitieron acercarme a ella unos minutos. Gurumayi se quedó mirándome y, de pronto, sentí que me metía en su mirada, o ella en la mía, que se hacía una conexión profunda y entré en un estado de emoción y dulzura muy grande. En la mano tenía un plumero de plumas de pavo real con el cual me barría de arriba abajo como si me quisiera limpiar. Dejó de mover su plumero, y me preguntó: “¿Qué te pasó?”

Estaba entre confundida y mareada, y sentía que no alcanzaba a oír bien las preguntas ni a contestar correctamente. Aturdida, y sorprendida ante mis propias sensaciones, no supe ni qué dije. Me dio un regalo, una pañoleta de seda, y me dijo que siguiera repitiendo el mantra *Om Namah Shivaya*. Embriagada por su presencia y su mirada, me alejé sintiendo que algo muy grande se había instalado en mi corazón.

Al día siguiente volví a la meditación con ella. Fue espantoso. Desde que entré empecé a experimentar una sensación terrible de miedo; asustada por lo que pasaba y hasta por lo que no pasaba, veía a las personas en la meditación haciendo ruidos raros y moviéndose, y yo sentía que todo era algo satánico. Me pasé la mayor parte del tiempo con los ojos abiertos, instalada en el pánico, tratando de cuidarme de no sé que. Hasta muchos meses después me di cuenta de que a través de la gracia y la energía de Gurumayi me estaba limpiando de todos los miedos y terrores que había dentro de mí.

Casi al finalizar el día de meditación me puse en paz y pude por momentos relajarme y hasta disfrutar. La historia que contó Gurumayi en esa ocasión no se me olvida: “Una mujer con su hijo muerto se acercó a un gran maestro para pedirle que, con su poder, lo reviviera. El maestro le dijo que lo haría, si le traía una semilla de mostaza de alguna casa del pueblo donde la muerte nunca hubiera tocado a la puerta. La mujer recorrió el pueblo de puerta en puerta, y en cada una de las casas le fueron diciendo que allí había estado la muerte. Al atardecer, la mujer regresó con el maestro y le dijo: ‘Ahora entiendo que no hay una sola casa donde la muerte no haya tocado y que, por lo mismo, también en la mía tuvo que llegar. Acepto la muerte de mi hijo y reconozco que la muerte es parte de la vida. Por favor, hazme tu discípula y déjame aprender de ti’”.

Después de esa historia, algo pasó en mí. Por primera vez contemplé la muerte como algo cercano y real, pero al mismo tiempo se despertó en mí la urgencia de hacer mi mejor esfuerzo mientras estuviera viva.

No diría que me convertí en una devota, pero la luz y la gracia que sentí cerca de Gurumayi es algo que me ha acompañado desde entonces. Muchas veces, cuando mi corazón está triste o adolorido, canto el mantra que ella me dio y algo se consuela dentro de mí. Cuando algo hermoso ha pasado, también canto

el mantra como una forma de agradecimiento. Entonces la felicidad y el contento se vuelven más profundos.

La meditación que aprendí con Gurumayi se volvió una herramienta importantísima. Gracias a ella, pongo mi mente en paz y puedo, con mayor ecuanimidad y claridad, vivir cada momento.

## CAPÍTULO 6

### UN CAMINO HACIA LOS OTROS

El primer grupo interno de Cuernavaca marcó el décimo aniversario de mi accidente, y sin embargo me parecía que entre más avanzaba en mi proceso de desarrollo, más me faltaba por crecer y evolucionar. Tenía muy claro que ya había encontrado mi camino y por nada del mundo lo dejaría.

Marcela me pedía mirar constantemente hacia atrás y valorar lo que había construido. Sus palabras siempre animosas me daban una perspectiva de mí misma que me gustaba mucho, pero que yo todavía no veía con claridad.

Un día, Marcela me enseñó un recorte de periódico que se había encontrado. Era la convocatoria de un concurso literario que se llamaba “Autobiografías de mujeres mexicanas”.

—Ándale, Tony, insíbete al concurso. Vale la pena que escribas tu historia y que la conozcan otras personas.

—Ay, Marce, yo no escribo bien. No sé ni cómo lo haría.

—Conseguimos a alguien que te ayude... mmm... Mi amiga Marta C., por ejemplo, o Patricia... Déjame ver, yo te consigo a alguien y escribes tu historia.

Siempre le he dado mucha importancia a la obediencia a mis autoridades, y por difícil que me pareciera el reto, si Marcela o Martha me proponían o me pedían que hiciera algo, buscaba la manera de hacerlo. Ésta no sería la excepción, así que nuevamente me puse en manos de Marcela y de Dios, entregándome a lo que habría de venir. Hasta entonces, todo lo que me habían

pedido que hiciera había sido para bien. Estaba segura de que esta aventura, por descabellada que me pareciera, también lo sería.

Pocas semanas después vino Marta C. a verme. Nos conocíamos de oídas, pues Marcela me había hablado mucho de cuánto la quería y de que era su mejor amiga, y a ella le había platicado algunas de mis experiencias. Llegó con su grabadora, y tras una breve plática, nos pusimos a trabajar. Al principio estaba nerviosa, sin saber por dónde empezar. Marta me dijo que me des preocupara, que simplemente le platicara de mí y que ella vería en qué momento grabábamos.

Sin saber cómo, nos enfrascamos en una plática en la que iba recordando episodios diversos de mi vida. Mi infancia, mi mamá, mi papá... A pesar de que era la primera vez que nos reuníamos, me sentía con una gran confianza hacia ella. Sus preguntas me llevaban a evocar pasajes que se habían quedado enterrados por la urgencia de resolver el presente inmediato. Como una madeja de estambre, una vez que hube tomado la punta, descubrí el hilo de una historia que a quien más habría de sorprender sería a mí misma.

Marta C. venía una vez a la semana. Nunca sabía de qué hablaríamos. No planeábamos nada y dejábamos que a través de los hilos de la relación que íbamos tejiendo, fueran surgiendo recuerdos e imágenes. A veces, el relato se volvía tan doloroso que a ambas se nos rasaban los ojos de lágrimas. Nos deteníamos unos segundos, o a veces largo rato, vibrando ante una narración cuyo contenido doloroso me sorprendía como si no fuera mi propia historia.

Cada cierto tiempo, Marta C. regresaba con el material que había escrito a partir de la grabación y me maravillaba con qué exactitud interpretaba lo que sentía y le contaba.

Al ir refiriendo mi historia, día tras día, momento a momento, me sumergí en el proceso de recapitular mi existencia. ¿Cómo había sido posible que pasara por tanto dolor y que permaneciera

no sólo consciente sino con el ímpetu de continuar? Hubo pasajes que después de vividos, nunca más los había recordado hasta ahora. El asombro ante mis propios actos me sobrecogía. Siguiendo la línea de mi vida, estaba tocando a la puerta de mi propio reconocimiento. Toqué, y al abrir me encontré con un ser humano cuya existencia había valido la pena. Sí, cada instante, cada día había valido la pena. Sin darme cuenta, a través de mi esfuerzo y acompañada por la gracia de Dios y por seres humanos amorosos, mi camino me había llevado de la oscuridad a la luz.

Trabajamos seis meses, y a veces sentía miedo de que no fuéramos a terminar; había mucho qué decir y nuestro tiempo era muy limitado. Felizmente, entregamos nuestro texto en octubre. En febrero se publicarían los resultados. Noviembre, diciembre, enero, febrero... Faltaba muchísimo tiempo.

Una mañana, a las siete y media, recibí una llamada inesperada: “Le hablamos de DEMAC (Documentación y Estudios de Mujeres, A. C.) para avisarle que su trabajo ha sido seleccionado como uno de los ganadores”.

¿DEMAC? ¿Cuál trabajo? No comprendía de qué me hablaban... quién hablaba, ni de qué se trataba. De pronto, caí en la cuenta: ¡Mi autobiografía estaba entre los trabajos ganadores! No podía creerlo, era una sorpresa, un regalo. Si hubiera podido, habría dado de saltos en la cama. Le hablé a Marcela, a Marta C., a mis compañeros de grupo. Entusiasmados, algunos me acompañaron a la ceremonia de premiación.

Al poco tiempo vi mi autobiografía impresa en un hermoso libro que se tituló *Catorce estampas de mujeres mexicanas*. Marcela se entusiasmó tanto con la hazaña, que empezó a promover su venta, con lo que yo recibía una comisión que apoyaba mi situación económica. Paty, una de mis compañeras, me sugirió que fuera con Mariano Osorio, a su programa de radio, para que difundiera el libro. Me pareció buena idea y fui. Él se conmovió tanto con la historia, que decidió ir leyendo mi autobiografía por capítulos. Al

finalizar la lectura, Mariano me invitó y me entrevistó. A partir de allí, empezaron a hablar personas discapacitadas o sus familiares con el deseo de conocerme y platicar conmigo. Sorprendida por la respuesta del público, me puse a la disposición de quien quisiera hacerlo. Así se abrió mi contacto con todo un mundo de discapacitados que, como yo, luchaban por encontrarle un nuevo sentido a su vida.

Algunas personas, conmovidas por la historia, me hicieron saber cómo las había inspirado, y otras hasta reconocieron que mi esfuerzo personal, reflejado en el libro, las hizo tomar conciencia y ver la vida de manera diferente.

Sin quererlo, empecé a entrevistarme con mucha gente que deseaba una voz de aliento, una esperanza, o incluso comprobar que yo era de verdad y no una invención novelesca. Con mi mejor actitud, y apoyada por Marcela, empecé a dedicar una parte de mi tiempo a escuchar a otros seres humanos. Cuando lo hacía, me sentía muy contenta y plena, pero al mismo tiempo sin preparación para la tremenda responsabilidad que eso implicaba. Por lo pronto, Marcela me escuchaba y daba orientación sobre cómo apoyar a las personas que me buscaban, aunque yo sentía que a veces no daba el ancho.

## CAPÍTULO 7

### CONSTRUYENDO EL SUEÑO

Un tema muy importante en mi proceso es la economía y los esfuerzos que he realizado en ese sentido. En los años posteriores a la salida del hospital, mi situación económica cambió mucho, pues al divorciarme dejé de contar con el apoyo del padre de mis hijos, además de haber perdido mi trabajo y mi propia fuente de ingresos.

A medida que había vuelto a salir al mundo, regresé a San Juan del Río, mi pueblo natal, a casa de mi mamá, pues allí me sentía más a gusto. Sin embargo, no podía permanecer ahí, me apremiaba la realidad de afrontar mis gastos. No pocas veces nos encontramos mis dos hijos y yo con la terrible realidad de estar sin un quinto en la bolsa. Cuando la situación ya amenazaba con no tener ni siquiera qué comer, siempre sucedía algo: alguien mandaba una canasta de fruta, o recibía algún dinero que alguien me debía... Algo pasaba y nuestra posición mejoraba. Sin embargo, vivía con la desesperación de no tener seguridad económica y con el miedo de no saber cómo enfrentar la realidad de mantenerme a mí misma, con todos los gastos que requiere una persona discapacitada, y además a mis dos hijos. Tenía que encontrar un modo de empezar a generar ingresos, sintiéndome el más inútil de los seres humanos. Mariela, mi hija, dada nuestra necesidad, empezó a manejar automóvil a los trece años. Se me ocurrió que me llevara al centro de la ciudad de México para comprar regalos que vendía en San Juan del Río. De San Juan traía quesos, crema



y artesanías, que vendía cada vez que venía a México a mi terapia. Así arranqué una forma de vida que me daba, por lo menos, para lo más indispensable.

Suena como algo sencillo, pero recordemos que, al no tener movimiento, subir y bajar de un coche o de un autobús, a veces hasta de tercera clase porque no tenía para pagar un mejor pasaje, era muy complicado, y más buscar un baño en medio del barullo de un mercado, o pedir permiso para pasar con todo y mi silla de ruedas por banquetas donde circulan cientos de personas. Más de una vez recibí insultos de algún chofer de camión que se negó a subirme con todo y silla, pues era incómodo organizar que alguien me cargara para subirme y después poner la silla en algún lugar. Veía las expresiones de las personas, fastidiadas cuando les pedía permiso para pasar y cómo no tenían conciencia de mi situación, como si yo escogiera circular sentada incomodando a mi paso. Algunos escogían voltear la mirada, como si yo no existiera, mientras que, gracias a Dios, algunos se acercaban a proporcionarme la ayuda que, con mucha vergüenza y a veces hasta con lágrimas de rabia en los ojos, solicitaba a pesar mío.

Cada salida a Tepito era un esfuerzo descomunal para mí. Tenía que sobrellevar mi situación física, pero aún más difícil era mi situación emocional. Me llenaba de coraje ante el rechazo público y me sentía humillada al tener que pedir ayuda. Muchas veces tuve que tragarme mi enojo y poner mi mejor cara, a ver si así lograba que me ayudaran. Otras, no podía contener mi vejiga y regresaba a casa orinada, cansada, llena de rabia e impotencia, llorando del coraje. Pero a la siguiente semana ahí estaba de nuevo, dispuesta a enfrentar la hostilidad de una sociedad ciega y sorda a la discapacidad. Cuando regresaba a mi casa y veía que poquito a poco la situación mejoraba, y que mis hijos, Mariela y Paco, tenían lo necesario —una casa limpia, comida y vestido decoroso aunque sencillo—, me llenaba de orgullo y fuerza. Ellos eran mi mayor motor, pues habían atravesado conmigo

el infierno de mis peores momentos y ahora merecían vivir con un grado de tranquilidad y paz.

Poquito a poco sobrellevaba mis gastos e iba mejorando mi situación. Mi ilusión era llegar a tener mi propia casita en San Juan del Río, adaptada a mis necesidades: sin escaleras con las cuales luchar, puertas por donde pasara con holgura la silla de ruedas, baños con los barandales y apoyos adecuados, muebles a la escala de mi silla de ruedas, un espacio donde realizar mis ejercicios, un jardín para disfrutar del sol y el aire libre, y un acceso fácil para subirme a un automóvil. Afortunadamente, la Secretaría de la Defensa me entregó una liquidación para finiquitar mi servicio en la Armada Mexicana, con la que pude comprar un terreno en las afueras de San Juan e iniciar la construcción de tan acariciado proyecto. La ilusión de mi casa me dio ánimos para echarle todas las ganas a las ventas y empezar a realizar trabajos que de pronto me encomendaba Marcela. Empecé a ver mis salidas a Tepito con gusto, pues me hacía una ilusión inmensa cumplir mi sueño.

Tan frecuentemente como me era posible, me iba a mi terrenito y miraba cómo se concretaba mi sueño, tabique tras tabique. Veía mis esfuerzos traducidos en un nuevo muro, o en la colada de un techo. A veces llegaba exhausta a ver la obra, llorando porque se me estaba acabando el dinero y no sabía cómo le haría para la siguiente semana. Cuando ya no tenía, una amiga me prestaba para los materiales, y así la obra seguía adelante. Me había propuesto no detenerme ni darme por vencida hasta no verla terminada, así que iba y venía con ahínco, pegada al teléfono, organizando ventas, comprando mercancía, vendiendo cuanto pudiera, transportándome de aquí a allá, apoyada por Mariela, mi hija, quien convertida en mis manos y piernas, hacía por mí todo lo que físicamente yo no podía.

Sólo ahora que entro a mi casa y siento que entro al espacio más hermoso del mundo, me doy cuenta de lo que logré: en seis

meses terminé mi casa, el sueño de mi vida. En ningún sentido es lujosa, pero para mí es mejor que la mansión más grande del mundo. Es un espacio tranquilo y dulce, acogedor, producto de todo mi esfuerzo, donde descanso un poco de la lucha cotidiana que es la discapacidad, pues me muevo con mayor agilidad y fluidez. Aquí llegan mis amigos más íntimos, y aquí es donde me recojo cuando necesito estar a solas para nutrirme de paz y silencio interior.

## CAPÍTULO 8

### LA ESCUELA

Ya habían pasado cinco años desde que inicié mi proceso de desarrollo al lado de Marcela y de mi grupo. Marcela se había convertido en la persona más importante de mi vida, y aunque no veía mucho a Martha, la tenía muy presente, pues había sido terapeuta y maestra de Marcela y con ella tuve mi primer encuentro curativo. Sabía que Martha dedicaba buena parte de su tiempo a formar nuevas terapeutas. Su padre, el doctor Díaz, fue un alumno cercano al doctor Erich Fromm durante los veinticinco años de su estancia en México, y había quedado empapado de sus enseñanzas, que a su vez transmitió a Martha. En los últimos años de su vida, el doctor Díaz vislumbró la creación de una escuela para terapeutas cuyo sello definitivo fuera el humanismo. Esto significaba que los alumnos recibirían una formación tutorial, acompañados muy de cerca por sus maestros, viviendo el humanismo en cuerpo y espíritu. El énfasis no estaría en el estudio de libros, sino en el del alma, y se trabajaría en que cada alumno desarrollara una riqueza tal de experiencias que le permitiera acompañar al ser humano en su proceso de desarrollo. Así, pocos años antes de la muerte del doctor Díaz, se fundó la Escuela Humanista Erich Fromm. Martha se consagró a cumplir las normas que el doctor había planteado como esencia de la escuela. Juntos, padre e hija, trabajaron para formar seres que, a su vez, pudieran transmitir a otros la esencia del humanismo. Era una labor minuciosa, laboriosa, que requería de una entrega incondicional

y de una convicción y vocación irrefrenables. Por eso, seguramente, el doctor Díaz le confió la escuela a Martha, pues no había empresa que ella tomara en sus manos a la que no le entregara su corazón, su energía, su convicción y hasta su vida.

Cuando conocí a Marcela y a Martha, el doctor Díaz ya había muerto, pero la escuela había quedado bajo la tutela de su hija, cuyo espíritu de amor sostenía el trabajo de crecimiento personal.

Puesto que el consultorio de Marcela se encontraba en la misma casa donde estaba la Escuela Humanista Erich Fromm, a veces me encontraba con las alumnas que asistían para su formación. La escuela albergaba a once en ese tiempo. No era un grupo grande, pues la formación tutorial exige un contacto íntimo y cercano con el alumno. Es, tal como lo decía Martha, “un trabajo hecho a mano”.

Algunas estudiantes me conocían, pues Marcela, ex alumna de la escuela, les había contado de mí, y a mi vez conocía a algunas de ellas porque Marcela me las había presentado al cruzarnos. Eran mujeres elegantes, con un porte delicado, que habían desarrollado la cualidad de la presencia ante otro ser humano. Las escuchaba hablar, las observaba y me parecían cultas, refinadas, sensibles, inteligentes, distinguidas... En fin, llenas de cualidades que las hacían brillar como personas excepcionales. Ahora me doy cuenta de que, aunque esto era cierto, tenía la actitud de la recién entrada al kinder que mira a los de sexto grado como “los grandes”, y no se imagina que algún día llegará a sexto y entonces desde ahí verá a los de prepa como “los grandes”. No me sentía a su altura en ningún área de la vida, y consideraba mis propios talentos y capacidades como algo muy limitado. No tenía nada que ver con ellas. No era culta, ni elegante, ni sofisticada, ni tenía ese trato. Me sentía completamente limitada y hasta acomplejada.

Una mañana, en mi sesión de terapia, Marcela me dijo que Martha quería hablar conmigo, que la esperara. Al principio me

sobresalté, pues no imaginaba de qué querría hablar conmigo. Marcela, quien me conocía a la perfección, de inmediato me tranquilizó diciéndome que me tenía una buena noticia, pero que era mejor que lo escuchara directamente de Martha.

Al poco rato entró Martha al consultorio y se sentó frente a mí. A pesar de lo importante que Martha era para mí, su presencia me imponía. Me miró pausadamente, con la tranquilidad que emanaba cuando entraba en contacto con otro ser humano y me dijo:

–María Antonieta, tengo una invitación que hacerte. Quiero que entres a la escuela.

Me quedé atónita. De pronto no entendía a qué se refería. No sería a la escuela de terapeutas que yo tanto admiraba. Creo que se me notó en la cara el asombro y la incredulidad, porque con una sonrisa continuó.

–Sería un honor que ingresaras a *nuestra* escuela.

–Pero, Martha, no tengo con qué pagar. Tú sabes los esfuerzos que hago para mantenerme, estoy terminando mi casa... No podría con el compromiso.

–Sí, eso ya lo sé, pero quiero que entres becada. Tú no tienes que pagar nada por estar ahí.

Mi asombro crecía ante cada una de sus palabras. No podía referirse a mí, una mujer inculta, sin preparación, discapacitada... Pero me lo estaba diciendo, me estaba pidiendo que entrara a su escuela.

–No sé si lo sepas, pero muchas personas que solicitan entrar a esta escuela no lo logran, pues no cumplen con el requisito. Tú eres la primera alumna a quien le solicito que ingrese. ¿Sabes cuál es el único requisito que exijo?

Mi cabeza era un torbellino, no me imaginaba ni remotamente cuál sería ese requisito, pues yo no percibía tener nada en común con las alumnas que veía entrar y salir. Sin dejar de mirar a Martha, le dije que no con la cabeza: no conocía el requisito.

–La calidad de su propia vida. Ése es el único requisito –me respondió con una mirada tierna y llena de gravedad al mismo tiempo.

Y remató antes de levantarse e irse:

–Piénsalo, María Antonieta, sería un gran honor tenerte ahí.

De pronto, la escena había cambiado y ahora Marcela era la que estaba sentada frente a mí, con una sonrisa de comprensión y hasta divertida. No me imagino con qué cara la miraba, pero dentro de mí se mezclaban sentimientos de emoción, miedo, confusión, alegría... Me imaginaba a todas las personas con las que había hablado después de las entrevistas en el radio, y cuánto más podría hacer si me preparaba como terapeuta... pero, ¿podría?

Ahora era Marcela la que me hablaba con cariño:

–No te preocupes, Tony, te voy a preparar para que entres a la escuela.

En ese instante, mi alma descansó.

–Si voy de tu mano, entonces sí voy a poder –le dije.

–Sí, Tony, te voy a preparar, y claro que vas a poder.

La noche antes del primer día de escuela tuve un sueño muy vívido: había un convento enorme, entraba y atravesaba un pasillo muy largo. A los lados estaban los dormitorios con camas alineadas, como las de un internado. En esta habitación estaban todas las alumnas de la escuela, conviviendo y platicando. De pronto entraba el doctor Díaz (yo nunca lo conocí personalmente, pero en ese sueño lo veía con mucha claridad). Todas las alumnas guardaron silencio, pues su presencia era imponente y provocaba respeto. Yo me soñaba discapacitada, sin poder levantarme de la cama. Al ver al doctor, me ponía muy nerviosa y sorprendida y no conseguía ponerme de pie. Después de llamar la atención a las demás alumnas, se volteaba hacia mí y me decía: “¿Por qué no te levantas?”, pero su expresión de severidad se tornaba dulce y decía: “Ah, eres Tony, tú serás especial en la escuela, tú serás la consentida. Descansa lo que quieras, ven cuando quieras, haz cuanto

quieras. Ya hablé con Martha y vas a ser la consentida”. Lo percibía en dos facetas muy diferentes, una de dulzura y compasión, y otra de exigencia y severidad.

Esa noche, era tal mi emoción que al evocar nuevamente cómo Martha me había pedido que entrara a la escuela no lo podía creer. ¿Estaría a la altura de las exigencias? ¿Podría con los estudios? ¿Fracasaría? En un instante mi vida había cambiado de sentido y la escena de una existencia tranquila en San Juan del Río ya no tenía significado. Me había embarcado en una aventura todavía más grande que la de construir un proceso terapéutico personal. Ahora resultaba que yo sería la terapeuta. ¿Alguien como Marcela?... ¿O como Martha?... ¿O como las demás alumnas? Mi cabeza no daba para tanto. Sólo una cosa me sostenía ante tantas dudas: saber que Marcela estaría cerca como lo había estado durante tantos momentos amargos y difíciles. Ella había sido la fuerza más grande con la que había contado para lograr innumerables cosas en este tiempo. Y si ella decía que yo podía, era por algo. Tomada de su mano, nada me daba miedo.

Me presenté a mi primer día de clases muy temprano. Eran las seis y media de la mañana y ya estaba sentada en el sillón de la recepción de la escuela. Observaba a las alumnas que iban y venían haciendo los últimos preparativos de una ceremonia de iniciación que recibiríamos las tres alumnas de nuevo ingreso. Entre más tiempo pasaba, más nerviosa me ponía. Pensaba: “No voy a poder”. Al poco rato me bajaron cargando al salón de trabajo de la escuela. Cuando se abrieron las puertitas de aquella habitación, estaba totalmente impactada y conmovida.

Como en un sueño, percibí la flama de veladoras que iluminaban todo el salón en penumbras, pues aún era de madrugada. Un sutil aroma a incienso envolvía el ambiente y le daba un sabor místico. Flores blancas adornaban maravillosamente el espacio, acentuando la belleza y solemnidad del ritual que estaba por comenzar. Sentía que iba a entrar al cielo. Estaba tan nerviosa que



alcancé a orinarme un poco... y de pronto, la conciencia de mí misma quedó envuelta en una dimensión diferente, sumergida en una experiencia indescriptible, sutil, casi angelical. Frente a la puerta, vestida de blanco, Martha nos dio la bienvenida. Su actitud era solemne y festiva al mismo tiempo. Al pasar por la puerta, me acarició amorosamente con su mirada, y su sonrisa reveló los hoyuelos de sus mejillas. Al igual que Martha, todas las alumnas vestían de blanco. Se habían sentado ordenadamente en cojines que estaban alineados en la alfombra, mirando hacia un altar dispuesto con flores, velas, incienso y varias imágenes: una fotografía del doctor Díaz, y las fotografías de los maestros espirituales de Martha. Al frente, cerca del altar, nos sentamos las tres nuevas alumnas. Una música suave completaba el ambiente, mientras las alumnas en silencio y concentración participaban de la ceremonia. Mi miedo se convirtió en gratitud y asombro, en medio de una experiencia de una naturaleza totalmente nueva para mí. Las enseñanzas de la escuela estaban en marcha.

Ante el altar, las tres nuevas alumnas hicimos un ritual de iniciación y de compromiso. De pronto, empecé a llorar sin saber por qué. En mi corazón sentía algo muy profundo, algo que quizás ahora llamaría entrega, pero que entonces no sabía nombrar. Martha empezó a hacernos preguntas. Yo me sentía como en un examen del que desconocía las preguntas, y peor aún, desconocía las respuestas. No eran preguntas de conocimientos académicos, sino que había que buscar la respuesta dentro de uno. A cada una nos preguntó qué queríamos. Me costaba mucho trabajo expresarme y me paralizaba. Sentía que no estaba contestando bien... Sentía muchas cosas dentro de mí, pero al ponerlas en palabras ya no eran lo mismo. Me escuchaba torpe, tonta, confusa. Escrutaba la expresión de Martha intentando adivinar si estaba en lo correcto, atenta a su reacción que siempre fue tranquila y ecuánime. Todas las miradas las sentía fijas en mí. "Aquí está Marcela,

no tengas miedo”, pensaba. Y al mismo tiempo volvía la emoción de algo muy especial, muy hermoso.

Con veladoras en las manos, mis dos compañeras nuevas y yo hicimos compromisos sobre nuestra dedicación y futuro trabajo con el ser humano, sobre nuestra actitud y trabajo en la escuela. Al final del ritual, Martha nos encomendó a cada quién una tarea que habríamos de cumplir como requisito. Mi tarea era ir a un curso de oratoria. Ya no sabía qué me daba más miedo, si lo que estaba pasando o lo que vendría, pero lo que sí sabía es que estaba dispuesta a entregarlo todo, a darlo todo, a hacer todo lo que me pidieran.

Una vez terminado el ritual, las alumnas se levantaron a felicitarnos. Cada una me abrazaba y besaba, sonriente y amorosa, mientras yo no acertaba a salir de mi asombro y estupor. Aún volaba ante la impresión del ritual, y todavía no sabía bien qué tenía que hacer. Pero cada vez que volteaba y miraba a Marcela, ésta me aseguraba con un gesto dulce que todo estaba bien.

Pasamos a desayunar, y desde ahí hasta las tres de la tarde no cesó el trabajo. Finalmente era día de escuela y no había excepciones. Cuando por fin nos fuimos, yo estaba agotada... No sabía si podría. Marcela A., compañera de mi grupo anterior y una de las alumnas que acababa de entrar conmigo, me animaba con mucho cariño asegurándome que todas podríamos: “No te preocupes, pasaré por ti y nos vendremos juntas –me animaba–, y claro que vas a poder. Si estás aquí es por algo”.

Al terminar ese día, me di cuenta de que ya tenía una tarea singular: tomar un curso de oratoria. A la mañana siguiente hablé para informarme cuándo empezaba, con la esperanza de que sería en un par de meses, lo suficiente como para irme haciendo a la idea. Para mi desgracia, justamente esa misma semana empezaba uno.

“Ni modo –pensé–, ya me metí en esto, ahora tengo que hacerlo.”

Sin dudarlo más me inscribí. El día antes del curso tenía miedo de todo: lo físico, lo intelectual y lo emocional. ¿Resistiría físicamente permanecer en un lugar? ¿Podría ir al baño cuando necesitara? ¿Estaba a la altura del desempeño que se me exigía? ¿Respondería tal como se me estaba pidiendo? ¿Cómo afrontaría mi discapacidad en el mundo, fuera de la protección de un grupo que, al estar enfocado en el desarrollo humano, tenía mucho mejor actitud hacia mí que un grupo de oratoria? Y lo peor de todo... ¿podría hablar?

Ni modo, me armé de valor y, sintiéndome totalmente inadecuada, me presenté al curso. Era mi primera salida al mundo sin que Marcela estuviera cuidándome, protegiéndome u orientándome. Curiosamente, todo pasó al revés de como lo había pensado. El grupo de oratoria se mostró cálido y receptivo conmigo. Lo más curioso es que descubrí que todos tenían inseguridades y miedos, diferentes de los míos, pero que estábamos en proceso de superar. No dejaba de ser difícil el esfuerzo que hacía cada sesión, pero cuando finalmente terminé y comprobé que en el transcurso de dos meses –contra todos mis pronósticos– lo había logrado, se alojó en mí la semilla de un nuevo sentido de seguridad. Estaba de regreso en el mundo, participando y relacionándome con personas que no conocían mi historia, pero que me daban un sentido de respeto y reconocimiento por mis esfuerzos.

Empecé entonces a asistir a muchos cursos y talleres que enriquecerían mi formación como futura terapeuta. Cada uno era un escalón en mi proceso de crecimiento e incorporación al mundo junto con mi discapacidad. Es muy importante que aclare que esto no habría sido tan sencillo si no hubiera contado con el apoyo de Martha. Ella, con su actitud, me dio el valor para afrontar los retos que se presentaban. Martha nunca planteaba que mi discapacidad fuera un obstáculo para lograr lo que nos proponíamos; siempre decidía con una claridad contundente: “Tenemos que hacer esto”... Cuando menos me daba cuenta, ya estábamos en lo que

ella había decidido. Pasaba por mí, me subía a su coche, y todo fluía como si nos hubieran estado esperando siempre en cada situación: alguien nos ayudaba, alguien se ofrecía para cargarme, nos dejaban pasar a los baños. Era impresionante la seguridad que me hacía sentir, pues para ella y para su fe no había obstáculos. Con una sonrisa y sin ninguna pena, solicitaba lo que era necesario y siempre se lo daban.

Poco a poco fui viviendo la experiencia de la pertenencia y la conquista. Al principio me costó trabajo darme cuenta de todo lo que me había negado, argumentando que estaba en silla de ruedas. Era un objeto que traía escrita la frase “no puedo”. Martha me enseñó que primero tenía que aceptar ese “no puedo”, para después poder. Es algo misterioso y paradójico, pero así fue. Y me lo enseñó tan bien, que en mí se fue desarrollando una fuerza muy grande que empezó a clamar “sí puedo”.

## CAPÍTULO 9

### DEVELANDO MI SER

Mi entrada a la Escuela Humanista Erich Fromm trastocó por completo mis planes de vida. Cuando hube terminado mi casa en San Juan, casi residía permanentemente ahí y venía a México a terapia. Pero ahora, se abrió un horizonte diferente y tenía que estar más tiempo en México para asistir a la escuela todos los miércoles de cada semana. Supuestamente el horario era de siete de la mañana a tres de la tarde, pero la realidad es que la escuela terminaba cuando tenía que terminar, y eso era a la hora que Martha veía que se habían cerrado todos los procesos. Algunas veces llegamos a salir hasta las cinco o seis de la tarde, totalmente exhaustas por el trabajo.

Como tenía que estar desde el martes en México para levantarme el miércoles muy temprano, y además tenía que ir otro día a terapia individual, decidí quedarme a vivir en México y regresar a San Juan los fines de semana. Continué con mis ventas, y además conseguí cerca de mi departamento en México un trabajo en una escuela como telefonista. Hacía mi mayor esfuerzo por permanecer en mi puesto sin tener que ir al baño, pues era muy difícil la maniobra para que alguien me llevara. Así, tomaba la menor cantidad de líquidos, vaciaba mi vejiga antes de ir al trabajo, y hasta que no regresaba a mi casa volvía a ir al baño. Tales incomodidades dejaron de importarme, pues me sentía feliz de trabajar en un ambiente socialmente normal, además de generar más ingresos.

Todo parecía ir acomodándose en el plano económico y físico, pero al ingresar a la escuela enfrenté dificultades de naturaleza totalmente nueva y desconocida para mí. La parte física era exigente, pues tenía que levantarme a las cuatro de la mañana para estar lista cuando pasaran por mí a las 6:30, pues la escuela iniciaba puntualmente a las siete, hora en la que las alumnas ya tenían que estar sentadas y meditando, pues ésa era la primera actividad del día. Aun ese cambio de ritmo en mi vida no era tan complicado, lo que me parecía abismalmente difícil era aprender a relacionarme de una manera que no conocía y acercarme a personas que me daban miedo o junto a las cuales me devaluaba. Se parecía en principio a lo que había experimentado al entrar a mi grupo de terapia con Marcela, pero ahí, mal que bien, todos éramos iguales. Aquí tenía que convivir con personas que ya eran terapeutas, que tenían muchos años de preparación y que hablaban y se comportaban con una madurez y sabiduría que yo no sentía en mí. Varias alumnas tenían hasta cinco años en la escuela –la preparación dura seis–, y muchas ya tenían gran experiencia y conocimiento. Las oía hablar, moverse, opinar, y luego me volteaba hacia mí y me sentía un ser ínfimo que junto a ellas no tenía valor alguno. No encontraba cómo encajar en esa situación. Y, al mismo tiempo, aunque veía su refinamiento, también me daba cuenta de que a algunas yo les daba miedo, pues no me miraban de frente o casi no me hablaban, exactamente igual que en las calles de Tepito. Mis sensaciones eran una montaña rusa donde por momentos me sentía muy arriba, apoyada por la confianza que me daban tanto Martha como Marcela, que sabían todo acerca de mí, conocían mi vida al derecho y al revés, no había ningún secreto, y aun así sentían que yo debería estar ahí. Pero, al mismo tiempo, en cuanto me tocaba hablar, todo parecía derrumbarse. Me sentía torpe, absurda. A veces ni siquiera entendía la pregunta o estaba tan distraída que no escuchaba lo que me pedían.

Después de terminada la meditación, que duraba como una hora, Martha sacaba un libro y le pedía a alguna de las alumnas que leyera un cuento sufi. Yo ni siquiera sabía qué significaba la palabra “sufi”, y cuando escuchaba el cuento, no sólo desconocía el significado de esa palabra sino del cuento entero. No entendía nada. A veces, alguna alumna hacía comentarios, que siempre tenían una relevancia espiritual e interna y así, a duras penas, iba yo atando uno que otro cabo de lo que pasaba.

Gracias al cielo, Martha volteaba a mirarme con frecuencia, siempre con una sonrisa suave y comprensiva, sin enojarse ni molestarse por mi constante confusión y desencuentro con lo que pasaba. Al contrario, cuando se dirigía a mí lo hacía con una ternura y suavidad muy especial y me explicaba con mucha paciencia lo que yo no entendía. Entonces bajaba mi sentimiento de angustia y me sentía bien durante un rato, hasta que algún nuevo hecho me regresaba a la confusión y a la devaluación.

A veces pasaba al revés: entraba en trance, maravillada y fascinada, observando a cada una de las alumnas, admirándolas e imaginando que algún día hablaría como ellas, cuando de pronto Martha me regresaba al momento presente con alguna pregunta que ni siquiera había escuchado; en un instante se me esfumaba la sensación de éxtasis y, paralizada del susto, no acertaba a responder. Me miraba con gran dulzura y suavidad, y yo contestaba lo que se me viniera a la mente, sin que mi respuesta tuviera significado coherente. Como era de esperarse, las demás compañeras soltaban la risa. Martha no dejaba de mirarme como si me acariciara el alma. Inundada de vergüenza me daban ganas de irme y no regresar jamás. No sabía qué hacer. Invariablemente parecía meter la pata, decir algo mal o estar fuera de lugar. Y yo quería hacerlo bien. En poco tiempo había pasado de la ilusión maravillosa de pertenecer a ese grupo a la confrontación directa con su sola presencia. Algunas de las alumnas me parecían muy inteligentes, otras muy talentosas, otras muy creativas, otras hábiles, en

fin, en cada una encontraba algún valor o alguna característica de la que yo parecía carecer, así que a mis ojos mi propia torpeza, ignorancia e inadecuación se magnificaban. A todas les hallaba algo, pero en mí no veía nada valioso.

Descubrir quién es uno no es tarea fácil y, sin embargo, es la más indispensable para transitar por la vida. Todos mis “síntomas” al entrar a la escuela reflejaban simplemente la ignorancia de mí misma. Es cierto, no tenía ni la preparación académica, ni la cultura de otras personas. Pero no alcanzaba a ver que no estaba entrando a una universidad para recibir más información y más cultura. Había iniciado un trabajo conmigo misma de humanización en el que la meta era descubrirme como ser humano para trabajar con otros seres humanos. No había ingresado para recibir calificaciones sino un constante reflejo de cómo me veía a mí misma. Martha no hacía exámenes de conocimientos, cada experiencia era un examen de identidad propia. A cada momento, nuestra manera de relacionarnos, de vincularnos con el mundo, de reaccionar ante las experiencias, de mirar a otros seres y a nuestro propio corazón, manifestaba quiénes éramos en ese momento. Yo no me sentía valiosa porque no veía mi valor, veía el de las demás y ahí me quedaba, como hipnotizada. No me sentía capaz porque no descubría mis capacidades y me quedaba añorando y anhelando las de las demás. Pero poco a poco, imperceptiblemente, al contacto con cada una de mis compañeras, de mi querida maestra Martha y de cada experiencia de vida, me fui descubriendo como nunca antes lo había hecho.

Con cada una sentía algo diferente. La más cercana era Marcela A. Le tenía más confianza, pues habíamos ingresado juntas a la escuela, además de haber convivido en el grupo de Marcela. Ella estaba acostumbrada a ayudarme, y yo a sus manos, a su forma cuidadosa y amable. Con ella me sentía a gusto, pues me llevaba al baño, me ayudaba a comer y me levantaba para que descansara un rato. Era un alivio tenerla cerca y sentirla como un ángel que



Dios había puesto a mi servicio para que los tragos amargos que pasaba fueran menos duros. Pero no con todo mundo era tan agradable: con otras compañeras la relación era muy difícil y conflictiva. Algunas de ellas se irritaban cuando hablaba, me trataban con brusquedad o frialdad. Martha no les decía nada y volteaba a verme como esperando algo de mí, aunque yo no sabía qué. A veces sentía pánico de hablar, y ante sus actitudes me sentía inhibida y sin libertad. En ocasiones creía que me desmayaba porque me había aguantado demasiado las ganas de ir al baño, o porque sentía un gran dolor en el cuerpo provocado por la falta de movimiento, pero no me atrevía a pedir que me movieran, o a expresar la incomodidad en la que me encontraba porque sentía que iba a molestar. Ante cualquier expresión de hostilidad perdía mi lugar, empezaba a sufrir y me paralizaba internamente. ¿Qué era peor, mi falta de movimiento externo o mi inmovilidad interna, mi falta de libertad o mi incapacidad de ser yo misma?

Conforme pasaban las semanas, confrontaba nuevas dimensiones de mí que antes no había tocado. Después de mi impotencia y mi devaluación, descubrí mis celos. Marcela A. se hizo amiga de otra compañera y, aunque racionalmente sabía que no era de mi propiedad, me daban unos celos horribles verla divertirse y acercarse a otras personas. No lo soportaba. ¿Qué pasaba conmigo? Había ingresado a esa escuela con la expectativa de ser una mejor persona, pero ante mí se revelaban mis propios defectos de carácter. La lucha conmigo era muy íntima pero muy fuerte, pues tenía que sobreponerme una y otra vez a lo que menos me gustaba de mí. Martha me decía: “Empieza por aceptar quién eres”.

¿Aceptar quién era? No lo entendía. ¿Cómo iba a aceptarme, si era espantoso lo que sentía? Nada me gustaba ni me parecía valioso.

Cada martes por la noche, víspera de la escuela, entraba en un movimiento muy intenso. Me dolía el estómago, no dormía, me

dolía el cuerpo, me daban calambres... Experimentaba toda clase de angustias, era una pesadilla... A veces hasta quería vomitar. Llegando a la escuela se me quitaban esas sensaciones y aparecían otras: ahora era impotencia, soledad, confusión, dicha, éxtasis, tranquilidad, de nuevo más confusión, devaluación... Mis emociones no se detenían. No entendía cómo mis compañeras podían hacer planes para irse a comer después de la escuela, pues yo terminaba tan agotada que me sentía morir. Durante el primer año, no acababa de recuperarme de un miércoles cuando ya llegaba el siguiente. Era como estar bajo el agua, salir, respirar un poquito y volver a sumergirme. Pero ni aun con todo eso estaba dispuesta a dejar la escuela. Llegó un punto en que el cuento sufi no era lo más complicado. El día en que cada quien tenía que trabajar terapéuticamente frente a los demás se volvió un reto que cada semana afrontaba. Cuando veía a alguien más trabajar, sentía lo doloroso de su proceso, y cuando lo hacía yo, también tocaba el dolor. Por todos lados me llovía sin tregua. Y a pesar del camino tan escabroso que estaba recorriendo, nunca me pasó por la cabeza abandonarlo. Mi corazón estaba puesto en él, mi fe y mi esperanza también. No sabía ni siquiera cuál sería mi destino, pero tenía la certeza de que ahí tenía que estar.

Ese micromundo que era mi escuela me reflejaba con claridad mi manera de estar en el gran mundo de afuera. Con una lupa veía en mí lo que me había negado a ver toda mi vida: conflicto, dolor, tristeza, impotencia, coraje, resentimiento, amor, agradecimiento, empatía, compasión, identificación, afecto, culpa, valor. Sorprendida, en ocasiones tocaba estados nuevos de conciencia que quería conservar, pero invariablemente pasaban y se disolvían. En este remolino una sola experiencia permanecía como un ancla: la compañía de Martha. No había en estas experiencias internas un solo momento de desesperación o dicha en que ella me perdiera de vista. A cada paso, en cada momento, su mano, su voz, su sonrisa, su sabiduría, su blancura de corazón se acercaban

a mí y me rescataban del laberinto. Bastaba una mirada o una palabra suya, dicha en el momento exacto, para que mi estado de ánimo cambiara, y de estar hundida en el infierno, subiera hasta el cielo.

Conforme crecía en la escuela, pude salir de esas emociones que me inundaban y empezar a mirar con más ecuanimidad mi interrelación con las demás alumnas. Ahora, mucho tiempo después, entiendo que no sólo a ellas, sino a muchas personas las confronta mi imagen inmóvil en una silla de ruedas. Las hace tocar algo de lo que siempre estamos huyendo y que se llama realidad. Mi realidad se mira desnuda y eso es muy difícil. Si para mí misma era difícil mirar que estaba sentada en una silla de ruedas, mucho más lo era para otras personas. Sin embargo, atreverme a tocar una y otra vez esta realidad con más y más profundidad es lo que me ha hecho un ser humano capaz de vivir y de darle un profundo sentido a mi vida. Gracias a ese esfuerzo constante de aceptarme tal como soy y de mirar en los ojos de otros el miedo reflejado, he podido darme cuenta de mi propio valor y del esfuerzo cotidiano que tengo que hacer para dar lo mejor de mí.

## CAPÍTULO 10

### UN ENCUENTRO CON LA DEVOCIÓN

Desde antes de ingresar a la escuela, ya tenía por costumbre ir a la Villa de Guadalupe cada 12 de diciembre y caminar hasta el altar. Ahora, cada acto que se realizaba dentro del contexto de la Escuela Humanista cobraba una profundidad nueva y un significado muy especial. Por una de esas *causalidades* tan recurrentes en mi escuela, el 12 de diciembre cayó en miércoles. Como todas las mañanas, habíamos meditado muy temprano, leído un cuento sufi y luego desayunamos, compartiendo nuestras experiencias y trabajando bajo la tutela de Martha.

–¿En que piensas, Tony? –me preguntó Martha, pues había notado que no estaba muy participativa.

–Es que hoy es 12 de diciembre, y me estoy acordando de la Virgen. Cada año voy a verla en este día. Me llevo mis muletas y camino hasta el altar, sólo que cada vez me propongo recorrer una distancia mayor... Como hoy es miércoles y día de escuela, no pude ir.

Martha escuchó con atención y me dijo:

–No te preocupes, María Antonieta, este año también irás, y acompañada de tu escuela, pero primero vamos a meditar para ponernos en contacto con nuestra devoción. Acércate al altar, prende una vela y ofrece una varita de incienso.

Se puso frente a mí, y ofreciéndome sus manos como apoyo me ayudó a levantarme e ir hasta el altar. Conforme caminaba sintiendo las puntas de mis pies arrastrando contra la alfombra,

ella me miraba tierna y amorosa. Espontáneamente el corazón se me abrió y empecé a llorar. Al llegar al altar, ayudada por sus manos, prendí la vela y ofrecí una varita de incienso y me quedé mirando las imágenes de nuestros maestros espirituales.

–Ahora, María Antonieta, dime qué es para ti la devoción.

Aunque las palabras no fluían con agilidad, dentro de mi corazón ya estaba prendido ese fuego de la devoción, y trataba de describirlo.

–Es algo parecido a la fe, es la convicción amorosa en el servicio, es creer que los milagros son posibles, honrar aquello que es sagrado dentro de mí y que me conecta con mi luz interna...

Martha me acercó a un sillón y me senté. Cerré los ojos y me sumí en una meditación deliciosa, en la que vi una cruz muy grande bañada de una luz dorada. Me sentía conmovida y emocionada de que nuevamente iría a ver a la Virgen, sin importar el gentío, la incomodidad y el trabajo tan terrible que me significaba cada año hacer esa caminata hasta sus pies. Sabía que me iba a costar mucho trabajo, y que las muletas, como siempre, las sentiría muy pesadas. Pero no importaba, bien valía la pena el esfuerzo.

Las alumnas nos organizamos en dos camionetas, pasamos a mi casa por mis tenis y mis muletas, y nos fuimos a la Villa. En el camino, Martha y las compañeras de mi camioneta fuimos hablando de lo que eran la devoción y los milagros. Entre la emoción y la expectativa, se me sumió el estómago de miedo al recordar que la última vez me había caído con las muletas y me había descalabrado.

Al fin llegamos, y Martha me preguntó dónde quería iniciar mi caminata. Medí la distancia del año anterior y la aumenté.

–Toma las muletas, Tony, yo te voy a ayudar –me dijo Martha mientras me ofrecía sus manos fuertes y suaves al mismo tiempo.

Tomé mis muletas mientras se colocaba frente a mí. Empezamos a caminar, con mucha lentitud. Sentía cómo me arrastraban

los pies, pero al conectarme con los pasos de Martha y con su mirada, algo se aligeró. En un instante me dijo algo que cambió todo en mí:

–Te voy a decir un secreto: no lo hagas tú, deja que Él lo haga por ti, tú sólo déjate llevar.

Sin pensarlo, mis pies se aligeraron y comencé a caminar con una facilidad hasta entonces desconocida. Mis compañeras iban como ángeles protegiéndome los flancos, mientras Martha y yo nos habíamos convertido en una sola. “Deja que Él lo haga por ti...”, resonaban sus palabras en mi interior mientras flotaba sintiendo la caminata fácil y ligera. Miré a mis compañeras: lloraban emocionadas al verme caminar. Ahora, era esa emoción la que levantaba mis pies y me impulsaba a continuar... “Deja que Él lo haga”...

Como si caminara sobre el aire, cruzamos la gran explanada de la Villa hasta entrar en el recinto. Desde la puerta central miré la imagen maravillosa. Sabía que la Virgen me esperaba con su manto de estrellas para acogerme. Por encima de ella había una cruz. ¡Era la cruz que había visto en mi meditación esa misma mañana! Emocionada, pero sin cansancio ni agitación, sin traspies llegué al altar. Profundamente emocionadas, nos abrazamos entre todas. Mis compañeras me acariciaban y besaban sin advertir la multitud que nos rodeaba. No sé cómo lo hizo, pero como es su costumbre Martha logró que nos abrieran una puerta especial para acercarnos todavía más a la Virgen. Apoyada en Martha subí hasta sus pies, y desde ahí recibí su gracia. En un instante recorrí mi vida, y desde mi corazón supe que siempre me había acompañado. A sus pies, tomada de las manos de Martha, sentía el misterio de mi vida como si yo misma hubiera escogido todo, cada paso, cada momento, para que mi alma cumpliera su misión. Recordé la descripción que había hecho horas antes sobre la devoción y sonreí hacia mis adentros. “Esto” era la devoción, todo lo demás habían sido palabras.

Unas personas devotas de la Virgen de Medjugorje, Yugoslavia, que estaban haciendo oración, me llamaron a platicar con ellas. Una me dijo: “Te vi una luz muy brillante alrededor. Quédate con nosotras un ratito, porque queremos orar por ti”.

Me senté en una banca, y con los ojos cerrados me uní a sus oraciones. Cascadas de bendiciones caían del cielo como pétalos de flores que mi corazón recibía henchido de agradecimiento. Todo estaba bien. En ese lugar, en ese instante, en esa circunstancia, para mí, todo estaba bien.

## CAPÍTULO 11

### DESPERTAR SENSORIAL

Cada nuevo curso me abría de par en par un mundo nuevo que me enriquecía y le daba más sentido a mi vida. Sin embargo, de todos los maestros que conocí, de todos los cursos a los que asistí, de todos los espacios de desarrollo en los que me sumergí, hubo una maestra y una enseñanza que me cautivaron por completo y en las que descubrí un mundo nuevo y maravilloso para mí. El curso “Despertar sensorial”, de la maestra alemana Charlotte Selver, me enriqueció tanto en mi formación como terapeuta, como en mi vida personal y de relación.

Cada año, en el mes de febrero, Martha y todas las alumnas de la escuela iban a Barra de Navidad con la maestra Charlotte. Al ingresar a la escuela, naturalmente, fui con ellas. Al bajar del avión sentí la calidez de la brisa que me envolvía sensualmente. Cerré los ojos respirando el aire perfumado y disfrutando la bienvenida que me daba el lugar.

Charlotte tenía 96 años cuando la conocí. Era una mujer muy menudita y frágil, de modos suaves y dulces. Medía como 1.40 m. Martha me comentó que no siempre había sido así. Ella la conocía desde hacía mucho, y en sus buenos tiempos había sido una mujer robusta y de carácter imponente. Con la edad se había dulcificado y afinado, aunque conservaba la fuerza de carácter que de pronto surgía cuando algo no le gustaba.

Despertar sensorial era un entrenamiento de diez días en los que Charlotte invitaba a sus alumnos a realizar todo tipo de



“experimentos” –así los llamaba–, para darnos cuenta de que estamos vivos y sentimos. Para ello, pasábamos horas experimentando el sentarnos y levantarnos de una silla, cargar una piedra de río, acostarnos sobre el piso, hacernos conscientes de la gravedad. En fin, con gran sencillez impartía su clase... Lo único malo es que Charlotte hablaba en inglés, con acento alemán y se había quedado sorda. Todo esto hacía complicada la comunicación.

Martha me había dicho que se trataba de una gran maestra, así que desde la primera vez me puse muy atenta para aprovechar lo más posible. Sentada en mi silla de ruedas, la miraba dar instrucciones y hablar. Al principio no entendía nada, me sentía confusa y perdida, pues aunque alguien traducía todo al español, no entendía de qué se trataba lo que estábamos haciendo... Además de que yo no podía moverme.

Al cuarto día de clase, cuando ya estaba harta de no entender nada y de quedarme viendo a los demás, empecé a concentrarme en mi cuerpo y a observar cómo, si miraba el movimiento de alguien, era como si yo lo hiciera. Después descubrí que si me concentraba, con mi mente podía evocar el movimiento y sentirlo claramente. No sé cómo, pero Charlotte (quien además ya casi no veía) se dio cuenta de lo que estaba experimentando y les dijo a los demás:

–Háganlo como ella, obsérvenla.

Pero, ¿qué podían observar los otros, si yo no me movía? Ella había captado claramente que yo estaba percibiendo la naturaleza pura de cada movimiento, cosa muy difícil de ser observada. Desde ahí, Charlotte y yo empezamos a vincularnos de una manera misteriosa y profunda, casi sin palabras, sólo a través de las miradas, la cercanía y la calidez humana. Su corazón y el mío se encontraron como dos hermanos que se descubren nuevamente después de haber vagado solos por el mundo.

Cada una de sus clases era una experiencia nueva para mí. La clase la realizábamos en una terraza donde se colocaban petates

que cubrían el piso de cemento. Se sentía la brisa del mar y la calidez del aire. Todos los alumnos estaban siempre muy atentos, pues era difícil comprender las instrucciones de Charlotte, quien, sentadita entre cojines como una pequeña reina en uno de los costados de la habitación, utilizaba un micrófono. Casi no se movía, pero nada de lo que ocurría en cada una de las personas le pasaba inadvertido. “Sentía” a las personas y su actitud era el ejemplo vivo de lo que ella enseñaba.

La clase podía durar entre tres y cuatro horas, según el caso. Había días en que casi no hablaba, y otros en que parecía que tuviera urgencia de derramar todas sus enseñanzas; pedía al grupo que se acercara para hacer comentarios sobre los experimentos que se habían realizado. Pero lo más interesante de Charlotte no era lo que decía, sino observar cómo realizaba cada movimiento, cómo se deleitaba viendo una flor, saboreando una copa de margarita (que era su bebida favorita), o mirando el mar. Al caminar, a pesar de sus cien años, sus pies pisaban con gran delicadeza y suavidad la tierra, y sus movimientos eran graciosos y armónicos. Siempre iba arregladísima y escogía con cuidado las joyas que se pondría ese día. Le encantaban los anillos de piedras grandes y los collares colgaban de su cuello con elegancia.

Cuando terminaba la clase, se iba a descansar, y muchas veces me pedía que nos viéramos por la tarde. Siempre se hospedaba en un hotelito donde ya la conocían muy bien y donde se esmeraban por atenderla, además de que tenía dos asistentes que la atendían personalmente.

Siempre que la visitaba, me recibía con una gran sonrisa. Ya había mandado preparar una mesita donde colocaba algo de tomar y de comer. Como yo no hablaba inglés, nos auxiliábamos con su asistente, que era bilingüe, y de esa forma nos comunicábamos. A veces me hacía pasar, nos colocábamos de manera que pudiéramos estar cerca, y sencillamente compartíamos el espectáculo de las olas del mar que incansables rompían una tras otra.

Otras veces nos reuníamos en la playa para mirar el atardecer. Cualquier actividad que se realizara con Charlotte era un acontecimiento en sí mismo por la manera en que lo vivía. Siempre estaba totalmente presente en el momento, siempre estaba alerta a disfrutar el siguiente instante. Su lema en clase era “cada momento es nuevo”, y en verdad así lo vivía, sorprendida y extasiada ante el instante que estaba frente a ella.

Aprendí mucho al acompañarla y observarla. Me maravillaba su manera de estar y la lucidez con la que captaba mi sensibilidad. Ella se daba cuenta de mis movimientos internos y los apreciaba y festejaba. A veces, ante sus reacciones, descubría sensaciones nuevas en mí de un placer profundo y maravilloso que se extendía durante periodos largos. Después de alguna visita, quedaba embriagada de su compañía y regresaba como si hubiera bebido de más. Creo que lo que bebía era su amor por la vida.

Charlotte me sumergió en el océano de la sensibilidad y de la apertura de los sentidos y me enseñó cómo despertar a planos de conciencia inimaginables.

Durante seis años asistí puntualmente a los cursos de Charlotte en Barra de Navidad y en cada uno recibí regalos maravillosos, muchos de ellos relacionados con los elementos: viento, agua, fuego y tierra. Les comparto cuatro experiencias diferentes.

Viento: durante mi primer curso en Barra de Navidad, Charlotte me dejó como tarea mirar las palmeras, percibir su movimiento y hacerme una con él. Creo que mi relación con el viento fue siempre muy importante, pues como paracaidista era algo familiar que me conectaba con el placer y la excitación. Sentada en la terraza de mi habitación, observaba las palmeras ondearse voluptuosamente acariciadas por el viento. Sentí cómo el viento también me acariciaba y empecé a percibir una forma de placer y de disfrute que nunca había experimentado antes. Mis manos se suavizaron, y mis dedos, casi siempre tiesos, se movían suavemente. Mis manos también se convirtieron en palmeras acariciadas y

mecidas por el viento. En un instante, yo era el viento, era las palmeras, era ese movimiento rítmico y suave. Era todo el universo plasmado en ese instante junto al mar.

Agua: una tarde después del curso con Charlotte, Martha (quien también iba a Barra) y yo nos fuimos al mar. Con ayuda de otros alumnos del curso, me acercaron al agua con mi silla y allí me quedé, contemplando y gozando de cómo los demás nadaban. Estaba en traje de baño para disfrutar de los rayos del sol. Martha se acercó y con la expresión de una niña ilusionada me dijo:

–Tony, vamos a meternos al mar.

Sonreí sin oponerme pues, aunque un poco asustada, ya me había acostumbrado a la audacia de Martha, a quien se le ocurrían cosas, las hacía y resultaban maravillosas.

Me ayudó a pararme de la silla y poco a poco nos fuimos acercando al agua. Sentía la deliciosa espuma acariciando mis piernas y, sin saber cómo, me descubrí dentro del agua abrazada a Martha. Me sentí flotando, meciéndome con el vaivén de las olas, sostenida y abrazada por ella, quien me arrullaba en el mar como si fuera un bebé. Mi cuerpo empezó a perder densidad, a aligerarse y a flexibilizarse. Me dejé llevar. Mi cuerpo empezó a disolverse en el agua, sin nada que lo obstruyera, me sentí una con el agua. Ya no había diferencia entre el agua y yo, ya no era cuerpo sino agua, y el mar era yo... Martha y yo también éramos lo mismo. Todo era una continuidad y yo estaba ahí, libre, flotando, disfrutando, moviéndome, meciéndome, riéndome, descubriéndome ingrávida, ligera, dichosa, amada y amando ese instante de vida.

Con mucho cuidado me sacaron cargando del agua, me envolvieron en una toalla y volví a mi silla de ruedas; entonces Martha, que aún permanecía dentro, me gritó:

–¡Va por ti, Tony!

Se lanzó nadando con gracia y energía mientras yo la miraba. Conectada con sus movimientos, sentía que su nadar era el mío, su movimiento era el mío, su respirar era yo misma respirando.

A través de su movimiento, vivía el mío y no solamente el de ella, sino que se hizo patente algo que había sentido anteriormente por instantes: me podía conectar con el movimiento de cualquier persona y sentirlo en mí, bañándome en oleadas de vida y gozo.

A partir de esa experiencia, empecé a tener sueños muy vívidos y repletos de sensaciones. A veces me soñaba haciendo el amor, otras, meciéndome en el mar; en otra ocasión me percibí con un cuerpo transparente, hecho de energía; volteaba a ver mi mano derecha y me admiraba de cómo se manifestaba esa energía cuando mi mano, totalmente transparente, se abría y se cerraba.

En el proceso de transformación que tuve gracias a Charlotte, mis sueños de placer se volvieron un vehículo de experiencia y sensación que alimentaba los momentos duros y difíciles, cuando tenía que enfrentar la realidad de mi inmovilidad. Estos dos estados, uno de gran placer, sutileza y dulzura, y otro de gran dolor, denso y difícil de aceptar, se fueron entretrejiendo hasta reconocerlos como la naturaleza propia de mi vida y de todos los seres humanos.

Tierra: el tercer elemento, me regaló la experiencia de la firmeza. Acostada en el piso en una de las sesiones de trabajo con Charlotte, descubrí el contacto con la tierra y su incondicionalidad. La tierra bajo mi cuerpo, segura, firme, dura, sin dejarme caer, se ofrecía como una gran madre sosteniéndome en todo momento. “Ahora entiendo –pensé– por qué la tierra representa la realidad. Son lo mismo: la realidad, como la tierra, es dura, fría, pero también es cierto que cuentas con ambas. La realidad, como la tierra, me pone límites y eso me da seguridad.”

Acostada en la tierra, escuchaba la voz de Charlotte que nos instruía para soltarnos ante la gravedad de la tierra, para dejarnos ir y acogernos en la certeza de la tierra que siempre está ahí. Pensé en Martha, quien me enseñó a aceptar mi realidad:

amorosamente me tomaba de la mano y, cuando veía que era el momento, me llevaba a verla, a sentirla, a afrontarla, a admitirla, a llorarla, a gritarla, a odiarla y, después, a aceptarla y amarla.

Sutilmente empecé a sentir que mi cuerpo se hundía en el piso y que, sin resistencia alguna, la tierra me acogía con blandura. Al levantarme y apoyar mis pies, persistía esa sensación de suavidad. Evoqué el caminar de Charlotte:

“¡Esto es lo que ella siente cuando camina, por eso parece que va sobre las nubes!”, pensé emocionada, mientras mis pies parecían hundirse suavemente sobre el piso.

Fuego: en otro viaje a Barra de Navidad, Martha quiso que hiciéramos un ritual de fuego en honor al doctor Díaz, su padre, pues justamente coincidía con su aniversario luctuoso. Nos preparamos como siempre, vestidas de blanco, atendiendo a lo que Martha nos había pedido. Cada quien preparó un papel donde expresaba algo de su interior que quisiera quemar esa noche. Las alumnas nos reunimos al anochecer en la playa y prendimos una fogata. Martha habló del doctor y de cómo, gracias a él y a su visión, se había formado un grupo de alumnas que había recibido sus enseñanzas. Nos pidió que abriéramos nuestro corazón y, al abrigo de las bendiciones del doctor Díaz, dejáramos esa noche algo de lo que obstaculizara nuestro desarrollo. Nos colocamos alrededor en silencio, presenciando el espectáculo misterioso del fuego. Hipnotizada por sus llamas y la calidez que me envolvía, miraba cómo las alumnas daban vueltas en silencio, con gran solemnidad. Aventé al fuego mi papel y observé cómo fue devorado en la luz. De nuevo descubrí en mí la fuerza transformadora del fuego y me sentí parte de las llamas que danzaban purificando nuestro espíritu.

Mi cuerpo se encendió por dentro con el calor de una energía muy poderosa que llegó hasta mi corazón. Allí estaba el fuego de mi amor. Conmovida, me di cuenta de cómo el fuego del amor en mi corazón empezó como una chispita que casi ni se

veía, que casi ni se sentía. Mi escuela ha sido la leña que mantiene prendidas las enseñanzas del humanismo.

Ante esa fogata me hice una promesa: “Cada día lucharé por mantener prendido el fuego de mi amor que transforma y purifica. Lo compartiré con otros seres humanos para que también conozcan, como yo, este estado de amor y pasión y lo puedan llevar a sus vidas. Doctor Díaz, ante ti hago este compromiso para que me ayudes y me acompañes en esa misión. Te lo ofrezco y confío en que me acompañarás”.

Además de las experiencias con Charlotte y con mi escuela, y de los viajes a Barra de Navidad, recibí una enseñanza maravillosa: si me atrevía y tenía la suficiente humildad, podía ser ayudada por la buena voluntad de muchas manos diferentes.

En mi grupo con Marcela, y después en la primera etapa de escuela, sólo dejaba que Marcela A. o mi asistente me ayudaran. Me daba pena ponerme en manos de alguien más, pues tenían que verme en situaciones de mucha intimidad, o estar atentas a lo que necesitara.

En cada viaje a Barra de Navidad iban diferentes alumnas, así que no podía contar siempre con Marcela A.; y llevar a mi asistente a Barra era un gasto que no podía afrontar. María, otra de las alumnas de la escuela, se ofreció a ayudarme cuando me enteré de que no iría Marcela A. Al ponerme en manos de María descubrí que mis lazos de relación se profundizaban y que mi vergüenza, pena o aun mi exigencia pasaban a segundo plano. María, con su actitud, me hizo darme cuenta de que hay muchos seres humanos dispuestos a ayudar. Siempre sonriente, me mostró una cara del servicio que pensé que era raro encontrar. Pero no sólo ella, sino que muchas personas amorosas se preocupaban porque estuviera bien y cómoda.

Así como a veces no es fácil pedir ayuda, el reverso de la moneda tampoco es fácil: saber recibir. En mi soberbia y autosuficiencia he aprendido a recibir con gracia y humildad, y me he

descubierto como una persona digna, que no tiene que recibir a través de la lástima de otros, sino de la generosidad y el deseo de servicio genuino que muchos seres humanos tienen.

Al principio, cuando Charlotte me invitaba a su cuarto y veía que se había esmerado por recibirme, me sentía incómoda, sin saber cómo responder a esa situación tan agradable. Su misma actitud me fue enseñando a recibir con naturalidad y con agrado la abundancia de otras personas. Asimismo, aprendí a dar con naturalidad y sencillez lo que surgía de mi corazón: a veces era una sonrisa, a veces una mirada profunda, otras un regalo especial para alguien. En este dar y recibir me volvía parte de cada ser, de cada persona, de la naturaleza, de la vida entera.



## CAPÍTULO 12

### EL SUEÑO SE MULTIPLICA

Conforme pasaba el tiempo iba viendo con mayor claridad que algo tenía que hacer con otras personas discapacitadas. Muchas veces me había planteado formar un pequeño grupo de ocho o diez que quisiera trabajar conmigo. Quería ir más allá de las entrevistas privadas que sostenía con aquellos que solicitaban platicar conmigo, haciendo un trabajo más profundo y dentro de un marco de desarrollo humano, similar al que había recibido de Marcela en una primera etapa y de Martha en la segunda.

Una tarde tibia me encontraba sentada en el jardín de mi casa en San Juan. En silencio, percibía el aroma del pasto recién podado y me dejaba acariciar por los rayos del sol. Una brisa casi imperceptible despertó la sensibilidad de mi piel... Cerré mis ojos. En ese estado de contemplación me puse a repasar mi historia.

“Qué agradecida estoy con Dios –pensaba–, por todo cuanto he aprendido y vivido, por mi infancia, mi adolescencia, mis padres, mis hermanos, mis amigos y amigas, mis maestros y familiares, y por este lugar, San Juan, que quiero tanto. Tal vez salí de aquí cuando me casé para aprender de la vida, o tal vez nunca debí haber salido... No sé, pero el destino que escogí me llevó más allá de lo que jamás hubiera esperado...”

Seguí recorriendo etapas con mucho agradecimiento: mi matrimonio, mis hijos, el mundo del paracaidismo, mis triunfos. Sobre todo el más importante: estar en una silla de ruedas por catorce años. Sin titubeos, por primera vez desde que me senté

en esa silla, volteé a mirarla como nunca antes. Mi corazón dio un vuelco y se me llenaron los ojos de lágrimas: amaba esa silla con todo mi ser. ¡Cuánto me había enseñado! Había sido una mujer destacada, admirada, campeona, llena de trofeos, aplausos, condecoraciones. Pero también había sido arrogante, orgullosa, narcisista, prepotente, iracunda. No tenía ningún conocimiento interno de mí misma, había vivido vacía y superficialmente hasta el instante de mi accidente. Y gracias a esa silla de ruedas, todo había cambiado. El viento me acarició besando mi cuerpo, me estremecí de placer. Nada me hacía falta... Por fin me tenía a mí misma.

En un instante se despertó ya no la posibilidad sino la urgencia de compartir con otras personas discapacitadas mis experiencias de vida y demostrarles desde mi vivencia que era posible ser feliz aun en una silla de ruedas. Ése sería mi mensaje, mi misión, algo que estaba destinada a hacer.

Mi deseo se aparejó con la visión de Martha, que desde hacía tiempo venía vislumbrando crear una fundación para personas discapacitadas. Y acabó de cuajar con la creatividad desbordada de su hermano Carlos, quien proyectó una fundación diferente a las que había ya en México, porque ésta estaría enfocada a curar el alma del discapacitado y no tanto su cuerpo. Al leer el proyecto de Carlos y las dimensiones que abarcaba, me fui de espaldas. Era demasiado frente a lo que yo había imaginado, pero nuevamente me di cuenta de que tomada de la mano de Martha nada me daba miedo y podríamos sacar un proyecto pensando en grande. Había vivido a su lado tantas experiencias importantes, en las que mi fe y mi confianza se habían fortalecido de tal manera, que me sentía capaz de encarar el camino que ella marcará.

La Fundación Humanista de Ayuda a Discapacitados, I. A. P. (Fhadi), en un año pasó de ser un proyecto que sonaba bonito en el papel, y con palabras que a veces ni yo misma sabía qué significaban, a una realidad. En el momento creo que no tuve conciencia de la dimensión del tren en el que nos habíamos subido, sólo supe que

me había subido feliz de la vida y que en mi corazón había la convicción de que eso era lo que quería hacer.

No deja de sorprenderme cómo una lluvia de voluntades aportadas por muchos fueron los cimientos que le dieron forma a este proyecto: gracias a la generosidad de una alumna se pagaron las escrituras; otra alumna logró el donativo de dos camionetas para transportar a las personas discapacitadas a nuestras instalaciones; una amiga trabajó intensamente en los trámites para que el Monte de Piedad nos donara una casa; un afamado arquitecto realizó la remodelación; un carpintero-albañil que escuchó mi historia en el radio se presentó para donar el trabajo de albañilería y carpintería; una alumna y su marido decoraron la casa con elegancia y buen gusto, una ex alumna pintó varios cuadros bellísimos que entonaran con el ambiente de nuestra casa; otra ex alumna tomó bajo su responsabilidad la tesorería y el complicado trabajo de “ama de llaves”, aceitando los engranes de una maquinaria que apenas se echaba a andar. Gracias a estos esfuerzos y al de muchas, muchas personas que se han acercado y han dado generosamente, el sello de nuestra fundación ha podido ser el servicio desinteresado y anónimo, que es uno de los gestos espirituales más puros. Antes de un año, inauguramos la fundación en el departamento que quedaba debajo del mío. Era un espacio de dimensiones pequeñas, pero suficiente para un primer paso.

Formamos un grupo piloto con personas discapacitadas que seleccionamos de entre más de cien entrevistados. Nuestro objetivo era desarrollar a un grupo que, al crecer, desde el punto de vista humano, fuera el primer eslabón de una cadena que, a su vez, trabajara con otras personas discapacitadas, infundiéndoles la visión de ir más allá de su cuerpo y concebirse integralmente como seres valiosos y capaces de ser felices.

El principio del trabajo en Fhadi era la terapia individual y grupal. Una vez establecido ese primer plano de trabajo, ofreceríamos otros servicios para las personas discapacitadas.

En el transcurso de seis años, conforme las necesidades de Fhadi fueron creciendo, aumentaron también las colaboraciones: recibimos medios económicos para apoyar a muchos en sus estudios y necesidades inmediatas de medicamentos, sillas de ruedas, libros y capacitación laboral. A mediano plazo, el Monte de Piedad nos donó una casa en San Pedro de los Pinos, una zona de la ciudad de México donde residen más de cinco mil personas discapacitadas. Esta segunda casa se remodeló totalmente para consultorios terapéuticos, sala de trabajo, cocina, baños acondicionados, consultorio médico y dental, y hasta elevador.

Al primer grupo se fueron sumando personas que considerábamos tenían la calidad para recibir una formación humana profunda. Pero al poco tiempo la realidad empezó a rebasarnos. Cada día recibíamos más y más llamadas de quienes querían ingresar a la fundación. Muchas ni siquiera entendían nuestra misión y nos buscaban como un medio para recibir ayuda, o para que les sirviéramos de enlace para un trabajo. A veces nos percatábamos de que algunos familiares querían dejarnos a la persona discapacitada y no regresar más.

Martha y yo sabíamos que la base del trabajo de Fhadi era el desarrollo humano. Desgraciadamente, muchas personas discapacitadas no lo entendían así, pues tenían necesidades inmediatas que resolver o carecían de la profundidad que se requiere para ingresar en un trabajo terapéutico. Los que sí se subían al tren de nuestra propuesta empezaban a tener cambios impresionantes en su carácter, y los que no, acababan por irse, a veces muy enojados porque no habíamos cumplido sus expectativas.

Pronto caímos en la cuenta de que nos habíamos embarcado en una misión por demás complicada, con personas cuya urgencia de ayuda venía de todas partes: emocional, económica, laboral, de salud, nutricional, familiar.

Ante necesidades tan tremendas, acabábamos echando mano de nuestros propios ingresos para ayudarlas. Uno necesitaba silla de

ruedas, otro despensa, otro ropa, otra tenía múltiples conflictos familiares... Las necesidades urgentes parecían salir de todas partes. Además de esto, no podíamos dejar de lado la esencia de nuestra misión: el desarrollo interno del ser humano, la conciencia de ser más que un cuerpo y de aprender, al aceptar nuestra discapacidad, a vivir en armonía y bienestar. El proyecto de tejer una conciencia profunda, una responsabilidad de vida, era tan apremiante como las necesidades inmediatas que enfrentaba cada uno de nuestros miembros. ¿Cómo hacer conciencia para desarrollar la entrega, la honestidad, el compromiso de crecer ante la miseria inminente de quienes llegaban a tocar a nuestras puertas? Algunos no tenían ni para pañales, y mucho menos para una silla de ruedas. Día con día enfrentábamos circunstancias difíciles y muy dolorosas.

La situación económica de las personas discapacitadas nos preocupaba muchísimo. Un día, platicando con Martha sobre cómo desarrollar un proyecto productivo me preguntó:

–Tony, ¿como le hacías para sostenerte?

–Vendía de todo. Me pegaba al teléfono y les vendía a mis amistades, amigos, a quien me recomendaran.

–¿Qué les vendías?

–De todo, regalos, cosas que compraba en Tepito, quesos, cremas de San Juan. Lo que encontrara.

–Pues eso vamos a hacer. Vamos a abrir una empresa que venda por teléfono.

Una vez más, pusimos en marcha un proyecto nacido de una conversación. Con Martha nunca se sabía a dónde llegarían las cosas. Conseguimos patrocinio de algunas empresas que nos apoyaron para comprar equipo y computadoras que nos permitieron iniciar en febrero de 2002 Audiencias Cautivas, un centro de *telemarketing*, servicio de ventas por teléfono que las personas discapacitadas realizarían y por el que recibirían un sueldo con el cual solucionar buena parte de sus necesidades. Ya no era sólo el trabajo terapéutico sino que se completaba el cuadro con la actividad laboral.

Sin embargo, no duró mucho. Nos topamos con la realidad de lo difícil que es poner en marcha un proyecto de trabajo autosuficiente para personas discapacitadas.

No pudimos competir con el mercado actual, ya que nuestra tecnología no estaba a la vanguardia; no era el fuerte de Martha, y menos el mío, además, a nuestros muchachos, a pesar de la disponibilidad y el amor a su trabajo, les faltaba la preparación necesaria para cubrir las necesidades de los clientes.

El golpe fue durísimo para Martha, para mí y sobre todo para los muchachos, que vislumbraron un trabajo estable y honorable donde se tomaran en cuenta sus necesidades especiales.

A pesar del fracaso, buscamos nuevos caminos y nos encontramos con un joven empresario director de un exitoso “call center”, que tuvo la visión empresarial, la responsabilidad social y la fe para capacitar laboralmente a varios de nuestros beneficiarios, con la única condición de que continuaran su proceso terapéutico en la fundación.

Hemos dado este primer paso firmemente, pero veo con claridad cuánto falta por hacer para ofrecer trabajo a personas cuyo potencial queda oculto para muchos por su discapacidad.

## CAPÍTULO 13

### FHADI, UNA CADENA DE AMOR Y HUMANISMO

En la primera etapa de Fhadi lo más difícil era visitar con Martha a las personas en sus casas y enfrentar y compartir el dolor tan intenso que había en ellas. Una de las experiencias más impactantes para mí fue ir a casa de Luis. Nos había llamado su hermano, quien había escuchado de Fhadi a través del radio.

Martha y yo concertamos la cita y fuimos a buscar su casa. No sé ni en qué colonia era, pues varias horas anduvimos perdidas intentando encontrar la dirección. Por fin, en un barrio miserable, encontramos la calle. No pudimos bajar mi silla de ruedas, pues la calle era de terracería y estaba en muy malas condiciones. Martha me ayudó a bajar y, sosteniéndome, fui arrastrando los pies hasta llegar a la casita de cartón donde vivía Luis. En el camino, varios hombres de aspecto amenazador nos voltearon a ver. Al parecer, se estaban drogando.

Cuando entramos, quise vomitar del asco. El olor del cuarto era fétido y repugnante. En una esquina, echado en unos petates, estaba Luis. Era un hombre joven, bien parecido, totalmente inmóvil. Cerca de él había un plato sucio al que se acercaba para comer, como lo hace un perro, pues no podía usar las manos. Al vernos llegar se le iluminó la mirada, pues claramente se notaba que nos había estado esperando. Nos contó que era albañil, se había caído de un andamio y que no podía mover más que la cabeza. No recibió ninguna indemnización ni apoyo de los contratistas. Tras el accidente, su hermano, de muy mala gana, se hizo

cargo de él, pero apenas lo ayudaba. Su estado de suciedad y abandono lo tenía sumido en una depresión que su hermano agravaba al decirle constantemente que hubiera sido mejor que se muriera. Estuvimos con él unas dos horas, escuchándolo narrar una tragedia tras otra y, al despedirnos, prometimos mandar a la camioneta de Fhadi para que lo llevara al grupo de trabajo.

En el camino de regreso, ni Martha ni yo hablamos. Al llegar a mi casa me eché a llorar. No cabía en mi alma lo que había presenciado. Discapacidad y miseria. Era un cuadro desolador y de un sufrimiento indescriptible. Por momentos, el dolor que sentía en el alma era insoportable. Quería encargarme de Luis, traerlo a vivir a mi casa, pero ésa no era la solución. Allá afuera Luis era uno de tantos seres hundidos en el sufrimiento y la desesperanza. Tenía que aprender a hacerme cargo de lo que sí era posible.

Al principio, no sabía qué tan útiles eran nuestras visitas a domicilio, pero al darle seguimiento a las personas visitadas me daba cuenta de que estos encuentros tenían un efecto muy profundo en ellas. La casa de Luis no fue el único lugar pobre al que entramos. Aprendimos a andar entre la suciedad, la miseria, la pobreza, el olor a orines y a excremento. A veces sentía que no aguantaría, pero veía la decisión de Martha y que nada parecía hacerle mella, siempre con el objetivo claro de llegar y hacer ese contacto mágico con las personas, y me volvía a recuperar para seguir adelante con nuestra misión. No puedo describir el dolor que a veces sentía al presenciar tanta miseria y tanta pobreza, no sólo material sino también espiritual. Ser testigo de seres abandonados sin ninguna esperanza y que viven hundidos en la soledad y la desesperación, fueron pruebas durísimas que me templaron para fortalecer aún más mi convicción en esta misión.

En mi actividad cotidiana en Fhadi, poco a poco fui aprendiendo a percibir las necesidades de cada uno. A algunos había que tratarlos con mucha firmeza y hasta dureza. Con otros había que hablar con dulzura y suavidad. Cada quien necesitaba



algo diferente, y mi destreza para hablar el lenguaje del ser humano según esas diferencias, se agudizó. También aprendí a dejar que cada quien hiciera lo que le correspondía. Al principio corrteaba a las personas discapacitadas pidiéndoles que cumplieran con su deber, pero me di cuenta de que ésa no era mi tarea y debía permitir que cada uno se moviera por su propia voluntad, dándoles el apoyo y la presencia para que lo hicieran. Es algo muy sutil, pero en esto también aprendí a confiar en el ser humano y a aceptar que algunos no quieren salir de su situación mientras que otros sí.

Mi trabajo es tender la mano y tomarlos fuertemente; el de ellos, extender la mano y dejarse llevar, sin olvidarme de que soy simplemente un conducto de Dios para que ellos, en su medida, cambien sus vidas poco a poco. Suena sencillo, pero es un trabajo de relación profunda que se va tejiendo paulatinamente, y en el que al tocar el corazón del ser humano se inicia un camino de transformación.

Fue muy hermoso ver llegar a Luis con sus pants y sudadera nueva. Era su primera salida desde su accidente, y en su confusión hacía esfuerzos por integrarse y empezar a trabajar en el grupo. Pero la felicidad fue muy breve. Como a los dos meses, su hermano ya no quiso mandarlo, pues no estaba dispuesto a asearlo y vestirlo, condiciones indispensables para estar en el grupo. Intentamos seguir en contacto, pero ya no nos permitieron verlo. Un día nos enteramos de que había muerto.

Ante la noticia, mi corazón se estremeció incapaz de aceptar lo que me decían. ¿Cómo era posible? No acertaba a explicarme por qué o cómo. El golpe de su muerte me hizo revisar lo que estábamos haciendo e investigar más sobre la situación de la discapacidad en México, pues en la práctica nos habíamos encontrado con muchos obstáculos y situaciones por resolver.

La discapacidad va mucho más allá de un individuo. En mi mente tuve la clara imagen de una granada explotando y destruyendo

todo a su alrededor. Así es la discapacidad, alcanza a todo el círculo de relaciones de una persona: padres, hermanos, pareja, hijos, amigos, trabajo, sociedad. Son muchas las situaciones que se ven afectadas cuando alguien queda discapacitado. A veces son los propios familiares los que rechazan la realidad y hacen el proceso de recuperación más complicado, pues sienten la carga adicional de cuidar de alguien permanentemente. Al principio, cuando la familia recibe la noticia, hay mucha sensibilización y todos aportan algo, pero conforme se va regresando a la cotidianidad se siente el peso de la persona discapacitada y la actitud cambia. Empieza el rechazo y el conflicto. A veces quisieran encontrar un lugar dónde abandonar a la persona y quitarse el peso y la molestia de encima. La depresión de la persona discapacitada también es difícil de sobrellevar y, en muchísimas ocasiones, la combinación de factores psíquicos y físicos provocan su muerte. No creo que exista una estadística real de cuántos discapacitados mueren anualmente, pues la mayoría lo hace en condiciones anónimas. Difícilmente nos percatamos de que 15% de nuestra población tiene algún tipo de discapacidad, y mucho menos vemos al 8% que vive en silla de ruedas, principalmente porque están escondidos en algún cuarto del que nunca salen. Muchas veces las familias no tienen los recursos para comprar una silla de ruedas, y menos aún para darles cuidados apropiados.

Las escaras, uno de los problemas más comunes en personas sin movimiento, pueden ser causa de muerte, y aun los mismos discapacitados, renuentes a aceptar su realidad, se despreocupan de los cuidados que les exige su condición: movimiento constante, ejercicio, buena alimentación, reposo, suplementos vitamínicos y, a veces, cuidados médicos particulares.

Luis y muchos casos más de personas discapacitadas nos pusieron al tanto de la profundidad del problema y de la enorme necesidad alrededor de esta gente.

Gracias a Dios, en Fhadi también empezamos a ver gente cuyo cambio de vida era tan notable que nos daba la esperanza para seguir adelante. Martha D., por ejemplo, salió para ir a las reuniones de Fhadi después de siete años de encierro en su casa, deprimida y sin sentido de vida.

Había tenido una muy mala relación con su marido, y después de muchos años de maltratos extremos decidió abandonarlo. El hombre, enloquecido, la alcanzó una mañana cuando iba a dejar a su hijo a la escuela y la apuñaló por la espalda. Como resultado quedó sin movimiento de la cintura para abajo. Su hija de quince años tuvo que empezar a trabajar para mantener a su madre y a sus dos hermanos pequeños.

Al principio era muy difícil llevar a Martha D. a Fhadi, pues por su sobrepeso se necesitaban hombres fuertes que la pudieran bajar del departamento que no contaba con elevador. Una vez que empezó su proceso de cambio, no sólo bajó de peso sino que tuvo un cambio radical en su aspecto. Empezó a arreglarse, su semblante entristecido y medroso se tornó amable y sonriente. Se volvió una especie de mamá del grupo de personas discapacitadas y estaba al tanto de lo que cada uno necesitaba. Cuando se formó el equipo que trabajó en el proyecto de ventas por teléfono, veía que todos estuvieran a gusto. A la hora de la comida, se percató de que algunos no traían más que tortillas con sal y limón, y organizó que se trajera comida por kilo para que todos comieran bien. Sabía quién tenía escaras y cuál era la situación de salud de cada uno.

Poco a poco, conforme fue curando su historia personal, el miedo tan profundo que la había acompañado tantos años cedió e hizo espacio para el amor. Actualmente, colabora como recepcionista de Fhadi. Su imagen pulcra, atractiva y sonriente da la bienvenida a quien llega a nuestra fundación. “Quién sabe –dice ella misma–, qué habría sido de mí, si no hubiera conocido la fundación. Mi vida cambió por completo y le encuentro un sentido de realización a mi vida estando aquí.”

Como Martha D., ya hay muchas personas discapacitadas en Fhadi que representan los primeros eslabones fuertes de esa cadena que nos hemos propuesto crear, en la que su cambio sea el motor que apoye y anime a los nuevos miembros a entrar en su propio proceso.

No hay palabras ni argumentos que se comparen con la prueba viva de quien al dar su testimonio expresa un “sí” rotundo a la posibilidad de transformación en la vida de la persona discapacitada.

Esta cadena humana ayuda a sostener a personas como Socorro, cuya vida y salud mental corrían peligro. Socorro es una mujer madura cuadrupléjica. Se acercó a Fhadi para solicitar una silla de ruedas. Gracias a un donativo importante, dotamos a cuarenta personas con sillas de ruedas; Socorro entre ellas. Sólo nos habíamos comunicado por teléfono, pero el día que, junto con los otros beneficiados, recibiría su silla de ruedas pasamos por ella en la camioneta de Fhadi.

A medio camino rumbo a la ceremonia de entrega, el olor que se respiraba dentro de la camioneta empezó a hacerse insoportable. Era un olor a heces y putrefacción, tan desagradable que daban ganas de vomitar. Con mucho asco e indignada, les dije:

—Una cosa es la discapacidad; otra, la suciedad. No puede ser este olor...

Socorro, quien iba hasta atrás de la camioneta, envuelta en unas sábanas viejas y manchadas rompió en llanto, y llena de vergüenza me interrumpió:

—Ya sé que soy yo la que huele, Tony, discúlpame... Pero es que no hubo quien me pudiera bañar. Mi esposo era el que me cuidaba, pero murió de alcohólico, y mi papá tiene ochenta y tres años y casi no puede moverme... Mi hermana vive en la costa de Guerrero y apenas tiene para venir a verme... Cuando viene, me baña y me asea, pero hace cuatro meses que no la veo y que no me he bañado...

No supe qué decir. Impactada por su historia, cuando bajamos de la camioneta me di cuenta de que tenía las manos heridas.

—¿Qué te pasó, Socorro?

—Es que me muerdo de la desesperación. No hay quien me mueva en muchos días... A veces no me aguanto ni yo misma... Es muy difícil...

Esa tarde, Socorro regresó en silla de ruedas al cuarto miserable en el que vive. Yo regresé a mi casa con el alma destrozada y quebrándome la cabeza sobre cómo conseguir más donativos, más fuentes que nos apoyaran. Y así, como Socorro, hay miles de personas discapacitadas que no vemos porque no pueden salir y viven en condiciones inhumanas.

Una vez que se logra acercarse a ellas, cambia la visión y la conciencia de la vida. Y aquí cabe preguntarse: “¿de qué me quejo?” Ya es imposible cerrar los ojos y no hacer nada. Nace la necesidad imperiosa de seguir luchando.

El trabajo terapéutico y la misión que nos hemos propuesto depende de las aportaciones que consigamos para sostenerlo. La mitad de nuestra energía está dedicada a la recaudación de fondos, la otra mitad se dirige al trabajo directo con nuestros miembros. Es como dar de beber a todo un ejército cuando el pozo está a diez kilómetros de distancia. El agua llega, pero en lo que se recorre la distancia, se bajan los cubos, se suben y se regresa para saciar la sed, muchos ya se han desmayado, otros han muerto, aquellos han enloquecido, varios se han suicidado, y sólo algunos, los más fuertes de espíritu, la reciben. Son personas como Socorro las que me dan el ánimo y la fuerza para continuar buscando, tocando puertas, solicitando. Algunos ya se han cansado de Tony y de Fhadi. He observado que los donadores dan una o dos veces, y pocos se comprometen a largo plazo con un proyecto.

Por Socorro, Luis, Martha D., y por tantas y tantas personas discapacitadas, la mayoría de ellas anónimas y difícilmente visibles en nuestra sociedad, con gusto estoy dispuesta a seguir tocando

las puertas que sean necesarias y pedir incesantemente lo que les hace falta para sobrevivir.

Es un camino muy arduo, pues la necesidad económica siempre es urgente y, por desgracia, México apenas está despertando a esa realidad tan apremiante. A veces, cuando ya no encuentro a quien recurrir, se da un milagro. En una ocasión un empresario exitoso retirado dio un donativo que nos permitió un respiro para no tener que cerrar la fundación.

Otro profesionista, director de una firma de contadores, sugiere a sus clientes que nos den un donativo, lo cual les ayuda fiscalmente a través del recibo deducible de impuestos.

A veces recibimos pequeñas sorpresas de alguna persona o empresa que nos dona en especie, ya sea alimentos, despensas, pañales, sondas, sillas de ruedas, ropa nueva. Los jóvenes se sienten como en un día de fiesta y con un profundo agradecimiento, y yo respiro más profundo por un tiempo, más aliviada de que las cosas se vayan resolviendo.

## CAPÍTULO 14

### VOLANDO HACIA LA INTEGRACIÓN

Este camino de desarrollo me ha llevado a descubrirme a mí misma. Cada día conozco una faceta nueva de Tony. He aprendido a ir confiada, tomada de la mano de Martha, y a mi vez a tomar a otros que confíen en mí, construyendo una gran cadena de conexiones donde la transmisión se hace de corazón a corazón para que la vida y el amor crezcan en cada uno de estos seres humanos.

El tiempo y la experiencia han sido herramientas valiosísimas para aprender a realizar las cosas con menos esfuerzo y mayor eficiencia. En este proyecto hay tanto por hacer y en tantas áreas, que es importantísimo hacerlo con excelencia. Además, sé que el trabajo con el ser humano es de una finura y sutileza que se va aprendiendo poco a poco, junto con el autoconocimiento y el autodesarrollo. Estoy segura de que nada de lo que ha pasado en Fhadi habría sido posible, si yo misma no hubiera tenido la convicción y la actitud correcta para ir hombro con hombro con Martha por valles, montañas, desiertos, bosques, mares, cuevas, lagos, ríos...

Hemos realizado un viaje mágico e incomparable que se llama vivir desde el corazón, llevadas por la mano de Dios, con la brújula de la fe y el combustible del amor y la devoción.

Miro hacia atrás y con agradecimiento aprecio la riqueza que he recibido. Ahora, en este trabajo al servicio del ser humano, soy una mejor persona; en mi corazón hay una felicidad y una paz que nunca antes había sentido. A mi manera y en mi propio estilo he encontrado en el contacto con los que se acercan a mí un sentido

de vida inigualable. Y al mismo tiempo, a medida que me involucro con más y más gente, también caigo en la cuenta de que mi realidad es que estoy sola. Pero no como lo estuve cuando atravesé el proceso de mi accidente, sino sola como lo está esencialmente todo ser humano. Sola, y con Dios junto a mí. Sola porque así es la naturaleza de la vida y de cada ser humano que tiene su propio camino y su propio destino. En mi soledad hay una gran plenitud, hay una alegría profunda y la visión de que pertenezco a algo muy grande y misterioso.

Hace poco, Martha me dijo:

–María Antonieta, ya es hora de que te deje en manos de Dios. Ya es tiempo de que vueles y busques tu propio camino. Es tiempo de que te despidas de tu escuela. Ya estás lista.

Sus palabras cayeron en mi corazón estremeciéndolo de emoción y dolor. Cuando Martha le decía a una alumna que volara, era porque sentía que ya estaba preparada como terapeuta. Eso me daba una inmensa emoción... Pero dejarla, después de todo lo que habíamos pasado, de todo lo que habíamos compartido... No me imaginaba cómo sería mi vida sin mi gran maestra.

Poco después tuve un sueño. Estábamos las alumnas y ex alumnas de la escuela junto con Martha afuera de un salón de fiestas enorme. Martha me decía: “Mira, Tony, ese salón grande de la derecha es el de la sociedad, ahí aprende uno a relacionarse y a estar en el mundo; algunas de nuestras alumnas van a ese lugar. El otro salón, más grande, es el de las terapeutas, donde se dedican a dar servicio y a cumplir su misión; a otras alumnas les corresponde trabajar ahí. A ti, sin embargo, te toca ir a un salón más grande todavía”.

Era un sitio muy amplio y no había nada. A mí me daba mucho miedo entrar y quedarme en él. “Ya es hora de que te quedes aquí, con tu maestro espiritual, con tu gurú.”

Yo veía a Martha con unas ojeras muy grandes y le decía: “Martha, no te puedo dejar, mira qué ojeras tienes, y si nos separamos vas a dejar de respirar... No puedo dejarte”.



Ella me decía: “Ese otro salón grande, donde está la alberca, es el mío. Yo me meto a esa gran alberca de agua transparente y se me quitan las ojeras y podré respirar. Así me alivio yo”. Como yo vacilara, finalmente Martha empezó a enojarse y me dijo: “¿Me tengo que enojar para que entiendas?!”

Con mucho miedo, entraba a ese gran salón, y en una de las paredes estaba una foto inmensa de Gurumayi, igualita a la que tengo en mi cuarto, vestida de rosa. Ocupaba toda una pared. De pronto volteaba a verla, se movía y sonreía. Yo empezaba a gritarle a Martha y a todas las alumnas: “¡Miren, es de verdad, no es una foto, se está moviendo y me sonríe, es de verdad!” En ese momento me miraba y ya no sentía miedo; me había dado cuenta de lo que me atemorizaba: sentir que en ese salón iba a recibir toda la gracia y todas las bendiciones de mi gurú.

Me di cuenta de que mi miedo era a recibir el reconocimiento, el amor y el cuidado de muchas personas, que mi miedo era a tomar conciencia de que ya era libre, de que nada me detenía, y que mi vida se había convertido en una bendición tras otra. Mi miedo era a ser profundamente feliz y darle sentido a mi vida. Y entonces entendí lo que Martha me dijo el día que la conocí: ese cojincito en el que vivo, aparentemente sin movimiento, no es más que una ilusión, porque en realidad soy una mujer en profundo y constante movimiento.

Mis fronteras se fueron derrumbando y la fuerza de mi corazón ocupó todo mi espacio interno. Con el mantra, con Gurumayi, con mi escuela, con Martha, he volado mucho más alto que con cualquier paracaídas; he contemplado los paisajes más maravillosos del corazón humano, he gozado los amaneceres y los atardeceres de la relación humana y he viajado donde sólo el espíritu puede hacerlo.

Después de todos estos años, desde mi pequeño espacio, desde esa silla diminuta, me siento un gran ser, un ser lleno de amor, una mujer digna y orgullosa; conozco mis valores, conozco mis luchas y

mis triunfos, así como mis derrotas. En un paso he recorrido el mundo entero, y en el suave movimiento de la brisa he conocido el éxtasis. He penetrado el misterio del dolor más profundo y he tocado los confines de la muerte para afirmarme como una mujer que ama la vida y que está dispuesta a luchar hasta el final.

Como es tradicional en la Escuela Humanista Erich Fromm, se preparó un retiro de tres días en el que se realizaría mi ritual de despedida y mi salida de la escuela. Esos serían mis tres últimos días de convivencia con Martha y con mi escuela en calidad de alumna. El retiro sería en la casa donde se realizaban los grupos de trabajo.

Le pedí a Martha irnos un día antes para estar solas. Cuando llegamos, mil imágenes llenaron mi mente con experiencias de mi camino de desarrollo. Recordé la primera vez que había tocado el agua de esa alberca, los llantos, las risas, los gritos que esas paredes guardaban como mudos testigos de tantas y tantas personas que iban allí para curarse.

Martha había arreglado la casa con gran esmero. Flores blancas adornaban las habitaciones, que habían sido remodeladas y arregladas especialmente para la ocasión.

Esa tarde le pedí a Martha que nos metiéramos a la alberca, en el agua previamente calentada para que pudiera permanecer un largo rato. Cuando nos metimos, Martha me sostuvo en el agua y empezó a enseñarme a hacer bucidos. Nos sumergimos una y otra vez, y de pronto me soltó en el fondo de la alberca. En vez de asustarme, quedé suspendida, flotando en el fondo, entregada a la ingravidez. Mi respiración se detuvo, como si no necesitara oxígeno, y entré en un estado de silencio y vacío, envuelta en la calidez acuosa que me envolvía. No sé cuánto tiempo estuve así, pues perdí la noción de lo que pasaba a mi alrededor. Suavemente Martha me volvió a tomar en sus brazos, sosteniéndome para salir. Al abrir los ojos, ya fuera del agua, sentí el brillo de la luz que pegaba en todo cuanto miraba: el verde de los árboles se había tornado

brillante y tierno, el cielo azul resplandecía y todo parecía nuevo, como si lo mirara por primera vez.

Al día siguiente, las alumnas y ex alumnas fueron llegando a la casa para hacer los preparativos de mi cierre y despedida. Había un ambiente festivo y todas iban de un lado a otro organizando la comida, acomodando la sala de trabajo, colocando todavía más flores.

Mis compañeras se acercaban a mí con mucho cariño, y sonrientes intercambiábamos palabras, nos abrazábamos, nos mirábamos con el afecto especial de cómplices que han recorrido el mismo camino de esfuerzo. Esa noche cantamos el mantra e hicimos una meditación larga que Martha dirigió. Todo mi ser se estaba preparando para la despedida.

La mañana siguiente la iniciamos con cantos y meditación, y después del desayuno me dispuse a leer el informe final en el que daba cuenta de mi proceso y de lo que durante seis años había vivido y aprendido en la escuela, al lado de mis compañeras, de Martha y a través de mi trabajo en Fhadi.

Eran cincuenta páginas, y pensé que las leería en un par de horas a más tardar. En cuanto empecé a leer, me estremeció la emoción compartiendo con mis compañeras desde la intimidad de mi corazón un intenso proceso de cambio. Pasamos todo el día leyendo mi informe, pues en el camino fuimos haciendo pausas, llorando por momentos, riendo en otros. De pronto alguien abundaba sobre algo que les compartía, o yo misma me extendía contando con detalle experiencias que apenas había esbozado en mi trabajo.

A cada una le fui agradeciendo lo que de ella había recibido. Las experiencias, enseñanzas, la compañía, el ejemplo, el compañerismo... Y entre más decía, más recordaba la abundancia de amor y el crecimiento que había tenido en esos años. Por fin llegué a la última parte de mi texto, donde sintetizaba la relación con Martha, quien durante esos seis años había sido mi maestra, terapeuta, inspiración y gran ejemplo. Mirándola pausadamente, leí el final:

“Martha y yo hemos sido guerreras incansables, empuñando la espada del amor y protegidas por el escudo de nuestra fe; iniciamos hace mucho, quizás en otras vidas, un camino de conquista que nos ha llevado por distintos rumbos. A veces salimos heridas, y otras victoriosas, pero nunca nos hemos dado por vencidas.

Martha, el día de hoy te reconozco como la mejor compañia, la más hermosa, la más amorosa y la que más me ha enseñado. Mi escuela, mis compañeras, han sido una familia más, hermanas queridas, junto a las que hombro con hombro me he templado. Me inclino con agradecimiento, honrando cuanto me has dado, querida maestra, querida Martha. Todas las bendiciones que he recibido las comparto justamente contigo porque sin tu generosidad, sin tu valentía, sin tu bravura, sin tus convicciones, sin tu amor, sin tu compasión y, sobre todo, sin tu compañia, no hubiera podido alcanzar lo que he alcanzado. Te llevaré siempre, siempre, siempre, en mi corazón, orgullosa de pertenecer a tu linaje de alumnas.

Desde esta silla de ruedas, todo se ha hecho. Me voy dueña de mí y de mi vida, sabiendo que nada ni nadie puede detenerme. Me voy creyendo en mí, creyendo en mi destino y honrándolo como lo mejor que me pudo haber pasado. Mi silla de ruedas, ha sido, junto con Martha una maestra incomparable.”

Martha se acercó y, de rodillas, puso su cabeza en mis piernas llorando de emoción: “Quien te da las gracias soy yo, Tony, tú has sido mi gran maestra”.

Mi corazón estaba rebosando de agradecimiento, y sin responder nada puse mis manos sobre su cabeza. Mis compañeras y yo estábamos sorprendidas y emocionadas de ver a Martha así, y permanecemos en silencio, con gran respeto, acompañando a Martha en ese instante de profunda intimidad.

Martha se levantó, me abrazó con toda la ternura y el amor, me miró de nuevo y me dijo: “Es hora de prepararnos para el ritual de profesión”.

En silencio dejamos la sala de trabajo y fuimos a prepararnos.

Ya había oscurecido, y bañada, pintada, perfumada y vestida de blanco aguardaba a que me llamaran nuevamente a la sala. Por fin, una compañera entró a mi cuarto y me dijo que había llegado el momento. Me ayudó a levantar de mi silla y me trajo las muletas. Salí del cuarto hacia la sala de trabajo, apoyada en ella.

El corazón me latía con mucha fuerza, emocionada y admirada de cómo habían arreglado la sala. Desde el lugar donde estaba parada hasta el altar habían formado un camino de flores, flanqueado por veladoras blancas. Había flores por todas partes y una música muy suave flotaba en el ambiente. Martha, parada junto al altar, me esperaba. Paso a paso, apoyada en las muletas, me fui acercando. Por fin quedé junto a Martha, mirando el altar dispuesto con las fotos de nuestros maestros espirituales, la del doctor Díaz, flores, velas e incienso.

El ritual de profesión consistió en expresar abierta y sinceramente mi compromiso de servir al ser humano y de trabajar incesantemente en mi propio desarrollo. Martha me iba haciendo las preguntas pertinentes, y yo respondía desde lo más profundo de mi conciencia, afirmando este compromiso de vida. Al final, en señal de entrega total, Martha se inclinó hasta quedar totalmente acostada boca abajo, con los brazos extendidos hacia el frente, las palmas de las manos unidas. De pie participé de la misma reverencia. No importaba que no pudiera inclinarme con el cuerpo, pues lo hice completamente con el corazón.

Nos incorporamos y acercaron mi silla de ruedas; tomé asiento. Martha se sentó frente a mí y acercó una pequeña charola con tres vasos pequeños con agua:

—María Antonieta, de hoy en adelante te acompañaré en los momentos dulces —dijo Martha y acercó un primer vaso. Bebí de él y después ella. El agua estaba dulce.

–María Antonieta, de hoy en adelante te acompañaré en los momentos amargos –y acercó el segundo vaso, y nuevamente ambas bebimos, pero esta vez el agua tenía sabor amargo.

–María Antonieta, de hoy en adelante te acompañaré en los momentos cotidianos –y el tercer vaso que compartimos tenía agua natural.

–Estás lista para volar. De hoy en adelante, yo me hago libre de ti y tú te haces libre de mí –dijo Martha.

–De hoy en adelante, yo me hago libre ti y tú te haces libre de mí –repetí yo.

Por última vez nos abrazamos: ella en calidad de maestra y yo de alumna. Ahora pasaba a ser su colega.

Mis compañeras se acercaron a felicitarme, abrazándome y besándome. De algunas escurrían lágrimas por las mejillas; otras sencillamente sonreían. Entre ellas también había abrazos y cariños, celebrando ese instante maravilloso. Alguien puso un canto muy alegre, que entre todas entonamos, y continuamos durante largo rato compartiendo ese momento inolvidable.

De regreso en México me sentía rara, pero muy contenta. Necesitaba tiempo para ordenar e integrar lo que había pasado en Cuernavaca. Seguí con mi vida cotidiana, trabajando en Fhadi, pero mis miércoles de escuela se habían terminado.

No alcanzaba a apreciar la dimensión del paso que había dado al terminar mi escuela, sino hasta que tuve esta experiencia:

Una amiga muy querida me había invitado a su casa de Valle de Bravo y, como siempre, me había atendido con muchísimo cariño y cuidado. Al llegar la noche, me dijo que eligiera la habitación que más me gustara y escogí la de su hijo.

En medio de la noche, más que pensar empecé a percibir el silencio, la noche, las estrellas. Todo estaba muy en paz. Empecé a sentir una energía muy poderosa, y de pronto volví a sentir la luz que había experimentado durante mi accidente. Esa luz bañaba una cruz en la habitación, y en ese estado me quedé dormida.

Soñé que mis amigos arreglaban muchos libros en un salón muy grande y que yo entraba con mi amiga de toda la vida. En el cuarto había una televisión enorme y yo miraba las imágenes: unos paracaidistas volaban por el cielo. Me sorprendí viendo a Tony con su paracaídas amarillo y negro, el que más le gustaba y le gritaba a mi amiga: “¡Mira, están pasando uno de mis primeros saltos, y ahí está mi paracaídas, el que más me gustaba! ¿Te acuerdas?” De pronto me metía en la imagen y observaba a Tony de cerca volar por el cielo. Entonces, en un instante, veía cómo se caía y se accidentaba. Yo decía: “Sí, es ella, es Tony”.

Corría hacia ella, la abrazaba, le quitaba el casco y la reconocía. En la frente le miraba las imágenes de lo que había vivido, la gente gritando, cómo la transportaban al hospital, la tortura, el dolor, las operaciones. Sentía una compasión infinita por ella, y acariciándola le decía: “No te volverá a pasar, no lo voy a permitir”.

Sentía un amor y una compasión indescriptibles: “¡Cómo es posible que te hayan hecho todo eso!, yo te voy a cuidar”, le decía, mientras mis sentimientos de amor la inundaban completamente. A partir de mis manos que acariciaban su cara, me iba fundiendo con la Tony paracaidista, convertidas en una sola, penetrándome y adentrándome en su energía, y ella también convertida en mí. Un llanto muy profundo me inundó en el sueño, y llorando y llorando escuchaba que tocaban a la puerta. Era mi hermano vestido de militar que me decía: “Vengo muy cansado, ya no puedo dar un sólo paso más, necesito que me dejes descansar en la cama, ¿tú crees que se pueda?”

Yo lo hacía pasar y le decía: “Claro, acuéstate, al fin que yo estoy sentada en la silla”, y continuaba llorando.

Me desperté llorando conmovida, y con la certeza de que algo había cambiado para siempre en mi vida: las dos Tony, por fin, se habían convertido en una. Ya podía descansar. Espontáneamente recité una oración que había escuchado alguna vez en mi grupo de escuela:

Señor, Tú que eres la fuente de todo poder,  
que con tus rayos iluminas el mundo,  
ilumina también mi corazón  
para que pueda cumplir Tu voluntad.



**Graciela Enríquez Enríquez**  
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

Se terminó de imprimir en octubre de 2004

Diseño de portada  
**Retorno Tassier, S.A. de C.V.**  
Río Churubusco núm. 353-1  
Col. General Anaya  
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial  
**Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.**  
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos  
03800, México, D.F.  
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos  
Baskerville en tamaños  
9, 10, 11, 13, 16 y 24 puntos

Editado por  
**DEMAC**